



Ediciones
del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(*Comisión de Cultura*)



ALONSO QUESADA

POEMA DRAMATICO EN TRES JORNADAS

Prólogo de:
LAZARO SANTANA

1974

Para esta segunda edición de La Umbría, ha sido fotolitografiado el texto de la primera edición, impresa en Madrid en 1922 por los Talleres Poligráficos, reproduciéndose, en consecuencia, los primitivos formato y características del libro.

Depósito Legal: G. C., 411-74

Tip. Lezcano - Tomás Morales, 15 - Las Palmas

INTRODUCCION

INFORME SOBRE LA UMBRIA

(CON ALGUNOS ALREDEDORES)

Para Rafael Romero, empleado de Banca, 1917 fue un año agitado. No porque él, personalmente, tuviera alguna trascendental influencia en el crónico subdesarrollo económico del país insular; como empleado, Romero cumplía estrictamente su cometido, asintiendo (yes) a sus Jefes y a los papeles de elegante y sólido timbre: Bank of British West Africa Limited: no iba más allá. Pero Romero, despojado de su atildada condición de funcionario, era —también— Alonso Quesada (don Alonso le llamaban en broma —y en rutilantes versos consonantes— algunos íntimos), Felipe Centeno, Gil Arribato, Máximo Manso, Fausto Bengoa, Hilario Montes, etc. etc., nombres reflejos de una poliédrica estructura intelectual. Para tal poliédrica estructura (intelectual), 1917 fue un año agitado.

A principios de año Quesada escribe los últimos capítulos (no los finales) de un libro abandonado: Banana Warehouse, una deliciosa novela de escándalo (así se subtitula) cuya acción se de-

sarrolla en Platanópolis, lugar imaginario —según el autor— pero no tan imaginario —según el lector—. En agosto deja la dirección del periódico Ecos (había comenzado a dirigirlo en setiembre del año anterior, transformándolo en el diario más brillante de toda la historia del periodismo de Las Palmas). Su abandono del puesto estuvo precedido de una violenta polémica: Quesada fue, en un artículo aparecido en El Tribuno («diario que maneja habitualmente la calumnias») —Pedro Perdomo Acedo— calificado de: arribista, fracasado, despechado, burletero, altivo, desdeñoso, etc. etc. Cofrades y admiradores del poeta —Saulo, Néstor, Morales, Millares Carló, Perdomo Acedo— replicaron al punto al anónimo ofensor defendiendo a Quesada y requiriendo la formación de un Tribunal de Honor que juzgara el escrito de El Tribuno. No se constituyó el Tribunal. Todo iba a devenir en un vulgar almuerzo de desagravio. Quesada —por fortuna— estuvo a la altura de su talento y rechazó el ágape. Escribió, de paso, una hermosa frase: «No puedo aceptar desagravios; sólo acepto vuestra amistad». Pese a los pronunciamientos favorables de amigos y de varios periódicos de la ciudad (sobresalió La Crónica, dirigida por Juan Rivero del Castillo), Alonso se replegó más en sí mismo, verosíblemente más asqueado de los casineros (de casino) de la isla (objeto de sus ironías y sujetos de la ofensa: una lucha de clases, ni más ni menos), y de los pequeños rencores de la vida literaria. Como compensación (¿no es el azar del destino prueba evi-

dente de la incontrovertibilidad de la dialéctica?) en ese 1917 conoce a Rita Suárez («... Y al fin llegaste con amor distinto / con el único amor de mi trabajo») un «Dios chiquito» del Puerto que se convertiría en su mujer unos años más tarde. Finalmente, para no alargar en exceso la historia de 1917 (podríamos hablar de la censura de prensa, de la guerra local entre teutones y britanos locales, etc., etc.) digamos que la redacción de *La Umbría* la comienza Quesada en los primeros días de enero de ese año. Una versión muy rudimentaria del final de la «primera estancia» apareció en *Ecos* el 13 del mismo mes. Lo publicado, y muy poco más, debió ser todo cuanto tenía escrito hasta el momento. En una carta (hoy perdida) a Gabriel Miró le habla del trabajo que está realizando. Miró contesta (21-12-17): «La tragedia que está Vd. labrando, y cuyo asunto me anticipa, me parece pavorosa; pero ha de ser como se halla en sus entrañas».

Quesada concluye *La Umbría* a mediados de 1918. Sin dilaciones remite el original a Ricardo Baeza, director de la Editorial Atenea. Baeza, a instancias de Gabriel Miró, se había interesado por la publicación de «algún trabajo en prosa, —los versos no se venden—» de Quesada. Este sólo tenía disponible para la imprenta su recién terminada obra de teatro —de la que, por otra parte, confiaba sacar algún dinero. La recepción de Baeza a *La Umbría* no fue todo lo cálida que Alonso esperaba: «*La Umbría* me ha gustado mucho parcialmente. Hay en ella muchas cosas

admirables de estilo, y se ve, sin lugar a dudas, un verdadero artista. Pero, en conjunto, me parece una obra sin cristalizar. En muchos momentos me hace el efecto de un boceto. Es monótona; las tres jornadas parecen tomadas sobre el mismo cliché. No hay gradación ninguna; el horror aparece desde la primera escena con tal exasperación que forzosamente va decayendo y desmenuzando la emoción del espectador. Además desde el primer instante se adivina en el autor la intención preconcebida del efecto a producir, la voluntad de ser espantoso, que se descubre ya en el subtítulo». (Carta de Baeza a Quesada, 18-12-1918). En definitiva, Baeza recomienda a Quesada que refunda La Umbría, en la que, desde luego, encuentra elementos bastantes para constituir una «obra admirable». Gabriel Miró, que no conoce la obra pero que ha sido informado por Baeza, se pronuncia también por la refundición. «Baeza —dice Miró— afirma que La Umbría es un drama hermoso y fuerte (...) Pero halla él en esta obra algunas inexperiencias —es su frase— que distraen y entibian; un casi esfuerzo de prevenirnos de monstruosidades, un susto de autor, o un tono excesivo. Recuerdo que hasta me cita el subtítulo de «Drama espantoso», como aviso innecesario y quizás ingenuo. Estas cosas no hacen falta». (Carta de Miró a Quesada, Navidad, 1918). Quesada, ante el consejo unánime de Baeza y Miró, y posiblemente convencido de los excesos de su obra, decide refundir La Umbría. Esta labor le ocupa hasta mayo de 1919. En una carta

fecha el 25 de ese mes Baeza informa a Quesada de haber recibido el nuevo manuscrito. Tras las habituales dilaciones por las que atravesaron —y atraviesan— la publicación de todos y cada uno de los libros de Quesada, *La Umbría* aparece a fines de 1922.

El original de la primera versión del libro no se ha conservado. No podemos, pues, verificar y juzgar los cambios que Quesada introdujo. Sólo sospechar que éstos redundaron en la mejoría de la obra. Esto se desprende, al menos, de la opinión de Baeza; «¿Quedó contento con *La Umbría*? —pregunta a Quesada—. Yo sí lo quedé, del alma y del cuerpo». (Carta de Baeza a Quesada, 21-7-1923). Tal como la conocemos, *La Umbría*, sumariamente, es:

Una obra con dos protagonistas invisibles y actuantes: la salud y la enfermedad. Una y otra marcan la frontera de dos concepciones de vida excluyentes: a) la gente del pueblo: labradores, herreros, pastores, que el autor nos presenta como dueños de un físico pletórico de fortaleza, «viejos de roble, mocetones rudos, adolescentes ásperos». b) los componentes de la familia Linares, recluidos en la finca *La Umbría*, amenazados de muerte por la tuberculosis. La misma naturaleza que constituye el hábitat de esos opuestos está imbricada en la tajante divisoria: a) *La Umbría* parece «un nicho de cementerio» donde se confunden los muertos y los vivos; las vacas de la finca están secas; hasta el silencio y el viento tienen modulaciones espectrales en torno a

la vieja casa. b) la herrería (el claro símbolo del fuego), la venta, etc. están, por el contrario, signadas por un elemento vivificador, dinámico.

Al margen del drama literal (enfermedad: división: soledad: muerte) esta dicotomía opuesta de la existencia nos permite intuir en el autor una intención alegórica referenciada en las dos clases sociales de la isla: el pueblo llano y un híbrido compuesto por la burguesía acomodada y una pseudo aristocracia disminuída. Quesada habría querido reflejar el antagonismo entre ambas, y sus irreductibles posiciones. Demetria, la abuela matriarcal, resume el viejo orgullo de la familia: aislada por propia convicción, rechaza por denigrante el contacto con los vecinos del pueblo. Sus nietos intuyen la existencia de unas relaciones más fraternas con los demás; pero aquí son estos otros —el pueblo— los que rehuyen la aproximación, más por miedo a la enfermedad que por convicción de casta: la compasión los inclina al acercamiento; el pavor al contagio los retrae. El aislamiento por ambas partes es completo, sin que se advierta ninguna solución al conflicto. La huida de los dos Linares mayores —Lázaro y Salvadora— acabará en muerte probable, es decir, en fracaso. La extinción de la fantasmal familia que habita La Umbría no significa sólomente su propia muerte física; denota también, simbólicamente, la ruina de una clase. Como la tala de los árboles en El jardín de los cerezos, de Chejov. Quesada alude en el texto a otras cuestiones sociales (la emigración o la relación entre señor y amo), aun-

que de forma casi accidental y tópica (ver los diálogos entre el médico y Cayo, escenas 2.^a y 3.^a del último acto).

Aparte de esa probable «lucha de clases» implícita, la obra de Quesada se extiende en otras alegorías más fácilmente detectables: son una evidente concesión (o influencias) de cierto teatro simbólico, muy de moda en los años primeros del siglo actual. El silencio, o el perro, que tienen voz para detectar y revelar lo invisible (el fantasma de la muerte, la intrusa maeterlinkiana), son muestra de ello. La escena primera de la jornada final, con su carga de espectros ancestrales, es otro ejemplo de la actuación de este simbolismo; y en este caso con poca fortuna. Dicha escena, pese a su patetismo, parece poco convincente, a más de excesiva.

Sin duda, el logro mayor tanto desde el punto de vista estético como desde el técnico, lo constituye los dos primeros actos de la obra, y, sobre todo, el primero. Este posee un ritmo agilísimo, casi cinematográfico, con un rápido sucederse de escenas. En él se inician de forma ejemplar todos los elementos de la tragedia (algunos en vía muerta ya que no alcanzan solución —la marcha de Lázaro—). El segundo acto, desarrollado prácticamente en el interior de La Umbría, tiene un tempo lento adecuado al diálogo de las hermanas (más que diálogo, monólogo; cada una expone sus propias obsesiones sin escuchar a la otra) y a la inminente explosión de la tragedia. El acto tercero, tras unas escenas reiterativas y

un tanto difuminados, retoma en las dos escenas últimas (huída de Salvadora hacia el Puerto de Las Nieves) la agilidad filmica característica del acto primero. Lo que no cesa a lo largo de la obra es la exigencia lingüística: distante de la facilidad sentimental de El lino de los sueños y de la áspera sequedad de Los caminos dispersos, el lenguaje de La Umbría es, a la vez, poético (en el sentido metafórico) y funcional (en su acepción de estricta comunicación). Los campesinos se expresan naturalmente, con algún arcaísmo factible («vuestra merced») y expresiones locales («guayete», «familio», etc.) no distorsionadas. En cuanto a los miembros de la familia Linares, su forma de hablar, culta y vaga, se corresponde con la posición y sicología de los personajes. Quesada superó positivamente el riesgo de convertir la lengua de La Umbría en una jerga dialectal ininteligible, o el de tratarla con un absurdo refinamiento poético de consecuencias no menos negativas.

En La Umbría están presente las mejores cualidades estilísticas de la prosa y el verso de Quesada: no aparece, sin embargo, uno de los rasgos fundamentales en las demás producciones del poeta: la ironía. Esto ocurre no tanto porque el tiempo en que redactó el drama fuera particularmente sombrío para Alonso: en esa época escribe a Miró en términos contrarios. Por una parte afirma en tono pesimista que su vida «está tasada de antemano»; por otra, expone sus deseos de trasladarse a Barcelona en busca de me-

jores oportunidades para el desarrollo de su trabajo literario. Quesada vivía entonces, como siempre, inmerso en sus propias contradicciones, temores y anhelos. Sin duda, la intensidad de la historia y el tema de la misma (que él sentía tan cercano) lo condujo a desdeñar cualquier recurso distinto de la expresión linealmente trágica, entregándose sin reservas a ella. Pero su vena satírica era tan fuerte como la dramática. En las ocasiones que le dejaba libre la escritura de *La Umbria* redactaba para *Ecos* unos «platos del día», serie de crónicas en las que satirizaba con crueldad swifitiana a los políticos y a otros personajes notables de Platanópolis (esa ciudad imaginaria, pero no tanto). En otros textos Quesada combinaría drama y humor. Los innumerables tuberculosos que aparecen en sus cuentos, paseándose al sol y al aire de la isla en un intento desesperado (y a veces con éxito) de recuperar la salud, están tratados con ironía, compasión, ternura. Ninguno se nos muestra descarnado, en el puro pellejo de su dramática enfermedad. Parece como si *La Umbria* hubiese —felizmente— agotado la capacidad del autor para la expresión del drama lacerante de la tuberculosis sin ningún paliativo.

Los escenarios de la obra se localizan en los alrededores de Agaete y en el Puerto de Las Nieves. Durante varios años el poeta pasó largas temporadas en aquel pueblo costero del noroeste de Gran Canaria, alojándose en la casa de Tomás Morales o en el hotel «Los Berrazales», un

famoso balneario de aguas medicinales. Buscaba allí, aparte de compañía y amistad, alivio para su dolencia, precisamente la misma que aqueja a los infortunados Linares: la tuberculosis. Quesada conocía bien el paisaje del Valle, de Tirma, de Guayedra, y había experimentado su efecto sedante. Su predilección por estos lugares se advierte en las bellísimas descripciones que hace de ellos en las acotaciones de la obra. Tales acotaciones, perfectas como bocetos paisajísticos, y que constituyen a veces auténticos poemas en prosa, poseen un valor literario sólo comparable, dentro del teatro español, a las acotaciones que aparecen en las obras escénicas de Valle Inclán.

La Umbría, en el contexto del teatro que se representaba en España cuando se publicó la obra, debe tenerse como un texto provocativo, renovador y, hasta cierto punto, revolucionario. (Adviértase —para dejar en su justo límite ese juicio— que entonces las carteleras teatrales de Madrid y Barcelona estaban ocupadas por los nombres de Guimerá, Grau, Marquina, Benavente, Linares, etc. autores a los que hoy cubre un piadoso olvido). Algunas de sus características (el complejo argumento, rico en posibilidades interpretativas; el ritmo cinematográfico de varias escenas; el tono épico del lenguaje, etc.) posibilitaban un montaje acorde con las investigaciones más audaces de la puesta en escena del teatro europeo. En los años veinte, y en España, hubiera sido ocioso y pueril pensar en un montaje semejante: actualmente, y tratándose de una pie-

za totalmente desconocida, no parece factible que aquél se realice.

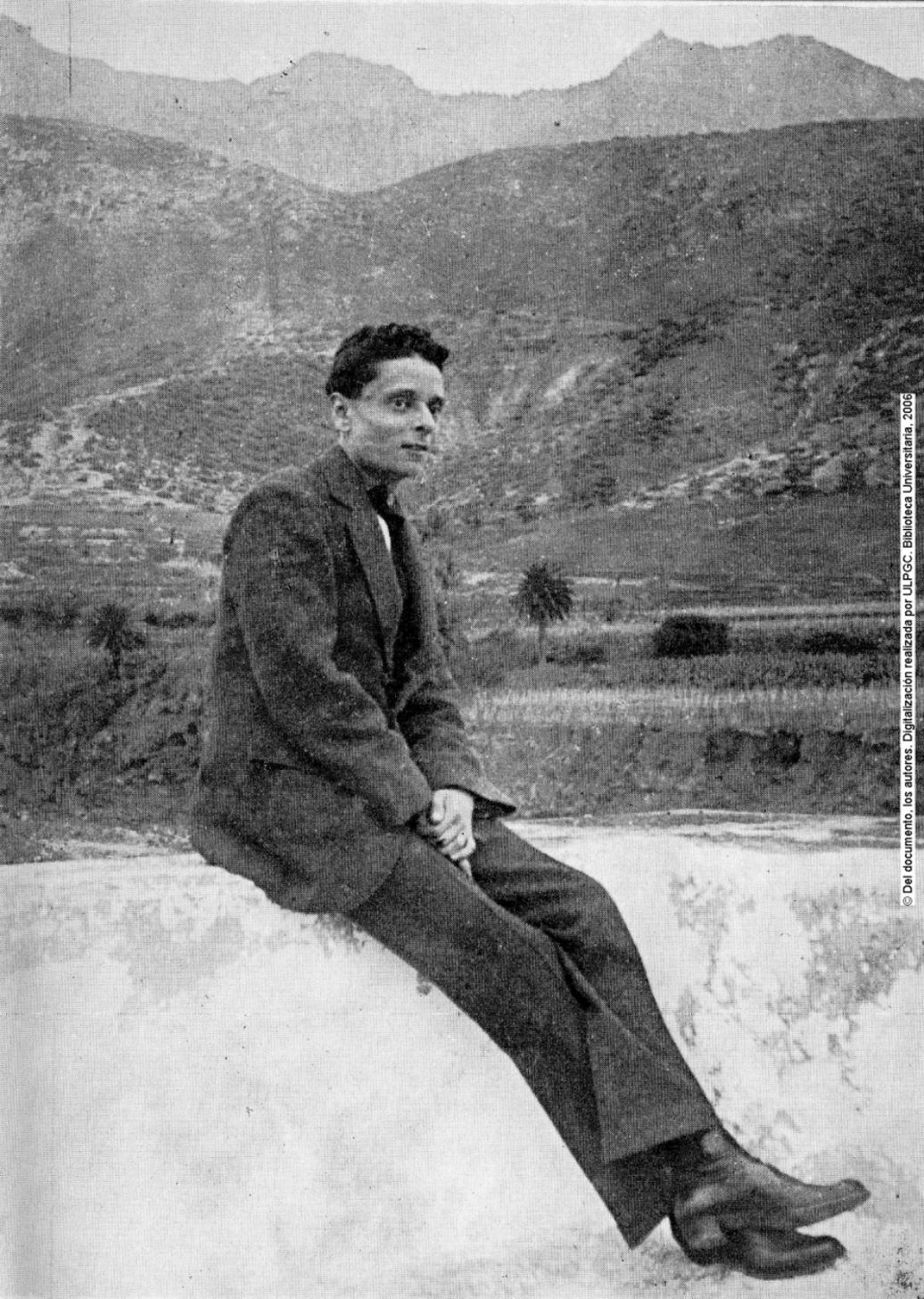
De cualquier manera, La Umbría queda como el primer paso en un camino por el que nunca se prosiguió. Gabriel Miró había afirmado que Quesada era el poeta español que podría elevar nuestro teatro». (Carta a Quesada, 22-12-1922). El asco y la tuberculosis –que acabaron con el poeta en 1925– dejaron ese vaticinio colgado de la imperfección potencial del futuro.

Lázaro Santana

A GABRIEL MIRÓ,
MAESTRO DE ARTE Y DE AMISTAD,
CON EL CARÍÑO Y LA GRATITUD
FERVOROSOS DE

R. R.

L A U M B R Í A



L A S F I G U R A S D E L P O E M A

LA VIEJA DEMETRIA, tía-abuela de los hermanos, sesenta y cinco años.

SALVADORA, veinte años.

MARTA, diez y ocho años.

GERTRUDIS, diez y seis años.

GABRIEL, trece años.

LÁZARO, veintiocho años.

HORACIO GUILLÉN, capitán de la goleta Guayarmina.

SAGRARIO, la doncella de la quinta.

DON JENARO, el médico del valle.

EL SEÑOR DONATO, el buen vecino

CAYO, el jardinero.

EL MANIJERO DE LAS VACAS.

EL ORDEÑADOR DE LAS VACAS.

JUAN CONFORME, el herrero.

DOMINICA, la moza del establo.

NATIVIDAD.

EL VENTERO ABELARDO.

EL HOMBRE DE LA BODEGA.

LOS ARRIEROS.

LOS LABRADORES.

LOS MARINEROS.

EL CORO DE LAS ALDEANAS.

LOS HERREROS.

LAS ALDEANAS DE LAS ROSAS.

EL CORO DE LOS MUCHACHOS.

EL SILENCIO DE LA UMBRÍA.

CÉSAR, el perro de Terranova.

LOS DOCE FANTASMAS DE LA UMBRÍA

(DOÑA MARÍA, DOÑA LUTGARDA, DOÑA EUSEBIA, DOÑA AMARANTA, DON JOSÉ LUIS, EL NIÑO CARLOS, LA NIÑA ELENA, DON JUAN PABLO, DON DÁMASO, DON OLEGARIO, DON HERMÓGENES, DON VICTORIO.)

J O R N A D A P R I M E R A

ESCENA PRIMERA

UN campo de la isla Atlántica. Bosque de pinares. Barrancos solitarios. El eco del viento montañés rompe en las honduras de los valles. Mediodía de otoño. El sol, nublado, acaricia dolorido las mieses y las yuntas. El campo lleno de silencio, como el mar lejano. De vez en vez, voces perdidas, cantos lentos de los hombres que aran la tierra. El rumor del mar es como una remota voz humana.

EL VALLE: campo saludable y feraz de la isla, cercado de montañas, a la orilla del Atlántico. Al pie de los montes, el puerto de las Nieves. Sobre las montañas gigantes, TIRMA, el pueblo de los leñadores. Junto al VALLE, la llanura de GUAYEDRA, y más lejos, la caldera del NUBLO, el viejo volcán herido.

Paz. Mediodía sereno. La tierra roja, brilla como sangre reseca al sol. Los bueyes aran. Los labradores, recios como las rocas, tostados como la tierra, caminan lentamente, con el mesurado andar de los bueyes. Una voz. Otra voz. Lejos, cerca. Luego, silencio, un profundo silencio de viento encadenado.

LA UMBRIA

UNA VOZ

¡Trae una correa para el arado, que se truncó!

OTRA VOZ

Atalo con cuerda ; mas si es vano, con hilo de estambre.

UNA VOZ

¡Con tu pelo había de atarlo, por simple!

OTRA VOZ

¡No te enfurezcas, hombre, que antes de la noche puede llover y te arremojas!

UNA VOZ

Nubes apelotonadas hay en el horizonte del mar.

UNA NUEVA VOZ

El mar está tranquilo.

UNA VOZ

Genioso se pondrá. En cuanto el sol caiga, las nubes se arrimarán hacia este lado.

JORNADA PRIMERA. ESCENA I

OTRA VOZ

Bien debieran. Hace falta lluvia. El invierno pasado no llovió. Y este otoño no lleva trazas de regar tampoco.

UNA VOZ

El sol parece que ya está humedecido. Cree que la lluvia se acerca.

Aparecen los hombres de las voces. Son los boyeros del Valle. Viejos de roble, mocetones rudos, adolescentes ásperos. Nutridos de mar y de viento, parecen arrancados de la montaña dura. Detienen la marcha y paran la labor. Una pausa. Encienden las cachimbas de yeso curado.

EL VIEJO SILVERIO

El arado ya no me sirve hoy.

EL HIJO

Padre se obstina en que el arado sea eterno.

EL VIEJO SILVERIO

Tres razas lo gobernaron. Vivirá con un arreglo modosico más que nosotros, créelo. ¿Quién dijo que lo apañara con estambre?

LA UMBRÍA

EL HIJO

Fué Jerónimo, padre.

EL VIEJO SILVERIO

Como el tuyo es famoso, eres un despreciador.

JERÓNIMO

Fué por oírte, Silverio. Aunque es mi arado el abuelo de todos los del Valle, yo en jamás desprecio.

EL VIEJO SILVERIO

¡Verdad que cientos de tierra labró!

JERÓNIMO

Esta de ahora, y otra tierra que estaba encima de ésta, y otra, y otra... ¡Más tierras...!

EL VIEJO SILVERIO

Como el tiempo, compadre. Ahondó la tierra, como el tiempo los años.

JERÓNIMO

Es como un hombre bien fortalecido. La mancera es más enreiciada que la piedra.

JORNADA PRIMERA. ESCENA I

Muchas manos pasaron por aquí. Aquí se hicieron fuertes.

UN BOYERO

El mío es más aprovechado.

OTRO BOYERO

Ese es un arado de amo rico.

UN BOYERO

Más valiera retornar la labranza y no alegar. La tierra es más mejor y a todos se aviene.

OTRO BOYERO

Primero la salud, y que Dios nos la haya, que lo demás no importa.

EL VIEJO SILVERIO

Y que los hijos sean tan fuertes como el viejo arado.

Renuevan la labor. Una nube oscura enturbia el oro solar. La tierra se apaga tristemente.

UN BOYERO

¿Mas no os dije que había lluvia?

LA UMBRÍA

OTRO BOYERO

Desde que el sol se esconde parece que la tierra se desmaya.

EL VIEJO SILVERIO

Ahorita se pone el campo mismamente que el jardín de LA UMBRÍA. Míralo. Apenas entra el sol.

JERÓNIMO

Y donde más falta hace es.

UN BOYERO

Vide ayer a las mozas. ¡Sequitas como espartos y más descolorías...!

JERÓNIMO

Buscando andaban mujer que las sirviera. Amuladas estaban ellas por no ir, mas la Sagrario dicen que fué.

UN BOYERO

La madre de la Sagrario es ambiciosa como un Rey. Ni por toda la plata del mundo mandaba a mis hijas.

JORNADA PRIMERA. ESCENA I

OTRO BOYERO

El salario lo han mejorado.

UN BOYERO

Perlas pagaran y yo comiera piedras primero...

En el camino cercano se oye el trotar de un caballo. Los boyeros acercan las miradas al camino, donde aparece LAZARO, el mayor de los hermanos. Es un mozo pálido, de estampa fuerte, de mirada fija y violenta. Las manos, lividas, no parecen de aquella figura atlética que envuelve, sin embargo, una vaga luz misteriosa. Las manos le tiemblan, separadas de la ruda figura, que se afirma inquieta sobre la silla. El mozo saluda, distraído. Los labradores responden tocando con la mano sus sombreros.

LOS BOYEROS

¡ Buenas tardes nos dé Dios y la Virgen Santísima !

LAZARO, habla. La voz es seca. A veces se quiebra en un ronquido rápido al salir.

LA UMBRÍA

LÁZARO

¡Salud, amigos! ¿Serán las doce?

LOS BOYEROS

Temprano es entodavía, mas no decimos si las doce. ¿Dónde va el señor tan apriesa?

LÁZARO

A la ciudad voy.

EL VIEJO SILVERIO

¿Y los hermanitos?

LÁZARO

Allá quedaron con la abuela. Yo he de marcharme.

El hermano mira inquieto hacia el horizonte. El caballo paca las hierbas del camino.

JERÓNIMO

¿Y a caballo va hasta la ciudad?

LÁZARO

Es más sano y más cómodo.

JORNADA PRIMERA. ESCENA I

JERÓNIMO

¿Mas cuándo vuelve?

LÁZARO

Tardaré quizá algunos días.

LOS BOYEROS

Con el andar de la bestia llegará anoche-
cido a la ciudad.

LÁZARO

Cogeré los atajos y apuraré la ruta.

*De repente, el mozo, domi-
nado por un extraño pensa-
miento, fustiga el caballo, que
relincha. Los labradores se
apartan. El mozo empuña las
riendas, espolea al animal y
desaparece, agitado, por el ata-
jo. Se le ve lejos, envuelto en
el polvo del camino.*

EL VIEJO SILVERIO

Mal iba y algo ha de pasarle. Ni saludó
al partir.

JERÓNIMO

No es poca congoja. Parece un huído...

LA UMBRÍA

UN BOYERO

El más recio es y menos temerá...

OTRO BOYERO

Amargura es. De este golpe juntitos se van... Ahora el mal se precipita y se ajunta más pronto... Primero la madre...

UN BOYERO

El guayete es el más dolido...

JERÓNIMO

¡La Virgen de las Nieves nos preserve del maligno!

UN BOYERO

¡Quiera Dios que el mal no sea epidemia!

EL VIEJO SILVERIO

¡Agonía da pensar que el pueblo pudiera llenarse...!

El sol brilla otra vez. La tierra respira luminosa. El rumor de los árboles crece. El aroma de los huertos es, sobre la tierra, como una alegre onda de

JORNADA PRIMERA. ESCENA II

salud. En la tierra se clava, firme, el arado. Las manos toscas y cobrunas empuñan la esteva con enérgica fuerza. Todo el campo es sol. La lejana punta del NUBLO luce, roja, como una llama petrificada.

ESCENA SEGUNDA

Avanza la tarde sobre el sombrío jardín de LA UMBRÍA, la antigua quinta de los Linares, sobre el Atlántico. Los senderos del jardín, cuidados con amor, conducen siempre a la casa, que, enclavada en mitad del jardín, parece deshabitada. Nada se oye. Los pasos son ligeros, leves sobre las hojas secas, como pasos de niños. Laureles indianos. Eucaliptus atletas. El borde de los senderos, lleno de rosales blancos y de nardos salvajes florecidos; algunas rosas de otoño. Una fuente de piedra, vieja y roída por el salitre del mar, se ve entre una glorieta que cubre una enredadera de flores rojas. Junto a la fuente, bajo la caricia de la sombra, CÉSAR, el perro, duerme. Una clara tranquilidad de ensueño, sobre el jardín. Un puro rumor de brisa que viene del mar. Silencio largo.

UNA VOZ EN EL CAMINO

¡ Hierbas para sanar ! ¡ Hierbas !

LA UMBRÍA

El perro abre los ojos y agita la cola. Luego, murmura quedamente.

LA VOZ

¡Hierbas de aroma para la salud! ¿Quién compra?

Otro silencio. El perro se incorpora y husmea en la fuente. La voz del camino, más lejana, repite el pregón.

LA VOZ

¡Los males malignos del vientre los cura!
¡Hierbas aromáticas! ¡Malva! ¡Hierba mora!
¡Hojas de nogal...!

Por las escaleras de la casa desciende el hermano menor. Hay en el rostro tímido de este niño una huella de profunda blandura. Los claros ojos verdes tienen una extática y extraña luz cuando miran. Las manos, firmes, transparentes, están siempre como huyendo del contacto de las cosas reales. Avanza el muchacho hacia la fuente con andar fatigoso. Detiéndose antes de llegar, y los labios se le abren, erizados para aspirar ahincadamente el aroma de los eucaliptus. El perro se acerca.

JORNADA PRIMERA. ESCENA II

GABRIEL

¡César! ¿Querrás venir hoy a LAS ROSAS, verdad? ¿Tiemblas? ¿Por qué tiemblas? ¡Estás temblando! Te has puesto a dormir junto a la fuente y te dió frío, ¿ves? ¡César!

El perro salta alegre alrededor del hermano. GABRIEL acaricia el lomo del animal. El perro abre la boca y lame las manos del niño. GABRIEL tiembla y se asusta.

GABRIEL

¡Qué fría tienes la boca, César!

El perro simula morderlo en las manos. GABRIEL se separa, más asustado.

GABRIEL

No seas bruto, César. ¡Quita! ¡Anda! Ven conmigo a LAS ROSAS...

Una voz tímida y débil suena en el portal de la casa, llamando al hermano. Suena lejosa, pero es tan silenciosa y tan triste, que parece que se ha acercado al oído para hablar sigilosamente en secreto.

LA UMBRIA

LA VOZ

¡Gabriel, hermano!

GABRIEL

¡Salvadora...!

Las dos voces vuelan, como las hojas secas arrastradas por la brisa.

LA VOZ

¡Aguarda por nosotros, niño!

GABRIEL

Yo iré delante con César.

LA VOZ

Espera, que yo iré ahora mismo.

GABRIEL

Se hará tarde.

LA VOZ

¡No, no! No vayas solo...

Aparece poco después en el jardín SALVADORA. Es una muchacha pálida y débil. Hermosa, con esa dulce hermosura

JORNADA PRIMERA. ESCENA II

de las muertas pacíficas. Los ojos, verdes, de un verde de mar o de fuente, son los mismos ojos del hermano. SALVADORA camina como un pájaro herido en un ala. El blancor de su rostro, sobre la veste negra, es de un brillo sérico. Toda la figura, delicada y fina, se estremece al andar, cuando habla o cuando mira lejos. Los cabellos rubios, abundantes y maravillosos, lucen apagados bajo un manto de crespón oscuro. Habla como avergonzada o dolorosa, llena de piedad y de temor. Es una muchacha inteligente y triste.

SALVADORA

¿Por qué no esperabas, niño mío?

GABRIEL

Vosotras tardáis siempre mucho. ¿Y las hermanas? ¿Y la abuela?

SALVADORA

Ellas vendrán ahora.

GABRIEL

No aprovecharemos el sol esta tarde. Cuando llegemos a LAS ROSAS ya no

LA UMBRIA

habrá sol, sino frío. Y yo tendré frío como siempre.

SALVADORA

Es temprano aún. Y el día parece de estío.

Una pausa. Los hermanos miran hacia el portal de la casa. El perro ha vuelto a tumbarse junto a la fuente.

GABRIEL

Ves cómo tardan...

SALVADORA

Es que la abuela no estaba vestida.

GABRIEL

Siempre se viste más que ninguna. Como si fuera una muchacha. No habla, pero jamás deja de componerse.

El muchacho se impacienta. Vuelven a mirar a la casa. En el camino suenan los pasos de un viajero. Al través de la verja se distingue la figura de HORACIO GUILLÉN, que se detiene un instante.

JORNADA PRIMERA. ESCENA II

GABRIEL

Salvadora. ¡Mira, mira al camino!

Tiembla la figura de la muchacha, mientras sus labios se encienden y los ojos se cierran súbitos.

SALVADORA

¡Calla! No digas nada. Que no nos vea.

GABRIEL

Nos ha visto.

SALVADORA

¿Crees tú...?

GABRIEL

Sí. Ha mirado fijamente por entre la verja.

SALVADORA

¿Mucho tiempo?

GABRIEL

Hasta que tú te volviste.

Silencio. SALVADORA torna a cerrar los ojos, temblorosa. Luego, los abre, humedecidos de dolor. El recuerdo la

LA UMBRIA

acaricia, sutil y piadoso. Una sonrisa infinita en los labios es como un pensamiento recóndito. La hermana extiende sus manos sobre la cabeza del muchacho, que sonríe.

GABRIEL

¿Te acuerdas cuando venía y me traía los barcos? Tú eres la más buena...

SALVADORA

¿Me quieres mucho, verdad, Gabriel?

El hermano responde alegre, acercándose al perro, que vuelve de la fuente contento, agitando la cola.

GABRIEL

A la que más quiero.

Llega al jardín GERTRUDIS, la otra hermana. Camina también como un pájaro herido. Es menos hermosa que SALVADORA; mas, como ella, delgada y sombría. El rostro de GERTRUDIS es más extático, sus ojos brillan con menos inquietud. Los cabellos son también de ámbar, más bien son de lino. Tiene la voz menos remota, pero el temblor es idéntico. Sonríe siempre. Si-

JORNADA PRIMERA. ESCENA II

guiendo a GERTRUDIS llegan MARTA, áurea también y como olvidada de su vida, y la abuela DEMETRIA, que es como una tea, requemada y seca. La vieja es alta, escuálida; vestida de raso negro y en moda antigua. Las manos, largas, de fantasma, las lleva cruzadas de anillos viejos. Los ojos, amarillos y verdinosos, no se mueven. Fijados, sujetos, en las cuencas hondas son como los topacios en las antiguas sortijas. Es una vieja tuberculosa y fría, de infantil razonar. Silenciosos y distraídos, han corrido por ella los años sin dejar huella de dolor. Apegada a las viejas costumbres insulares, todo es para ella extraño y sorprendente. Es como una muchacha caprichosa y vana. No se puede saber cómo es. SALVADORA tiembla con un secreto y presentido dolor ante la vieja.

DEMETRIA

Estos paseos, hijos míos, son inútiles. Para cansarse uno nada más.

SALVADORA

El médico los recomendó, abuela, y Lázaro ya sabes que lo dijo también. ¡Si vuelve...!

LA UMBRIA

DEMETRIA

Para mí son inútiles. Para vosotras también, creedlo.

MARTA

No nos vamos a pasar el tiempo en la casa. El luto no es tan cruel, abuela.

DEMETRIA

Es la casa de tus mayores, niña. Aquí han muerto todos.

SALVADORA

Por eso, abuela ; por eso es tan triste la casa...

DEMETRIA

Vosotras sois muy aficionadas a despreciar. Es la casa de tu madre y de tu padre... Pero, vayamos. El perro no lo llevéis...

GABRIEL

¿ Por qué no, abuela ?

DEMETRIA

No quiero perros.

JORNADA PRIMERA. ESCENA II

GABRIEL

Sí, abuela, déjalo ir. Yo iré delante con él.

DEMETRIA

¿Por qué sois tan tenaces? Se escapará como siempre...

MARTA

No, abuela. ¡El perro acompaña tanto!

DEMETRIA

No, no. He dicho que no quiero perros.

SALVADORA

Abuela. Cuando te obstinas en algo, nada nos dejas hacer...

DEMETRIA

Es que voy contrariadísima a estos paseos. El perro es otro obstáculo. Dejadlo ahí y vamos pronto, para venir luego...

Los hermanos, silenciosos, se llevan al perro, que resiste. GABRIEL lo acaricia, conformándolo.

LA UMBRIA

GABRIEL

Volveremos pronto, César. Quédate aquí de guardián... ¡Quieto! ¡Allí! ¡Allí!

DEMETRIA

¡Quieto, César!

SALVADORA

¡No salgas!

DEMETRIA

Vamos, vamos... Iremos por el camino viejo. No quiero encontrarme con gente del Valle, que nos aturden a finas preguntas. Es una gente ordinaria.

El hermano GABRIEL abre cuidadosamente la verja. Las hermanas, indecisas, no se atreven a salir. La vieja sale primero. Una ráfaga de viento la sacude el manto.

DEMETRIA

¿Véis? Lo que os dije. El polvo. Vamos a llegar hechas unas miserias. Este es el último paseo que doy.

Las hermanas suspiran y salen. El perro asoma la cabeza entre los barrotes de la verja.

JORNADA PRIMERA. ESCENA III

GABRIEL

¡A portarse bien, César! ¡Adiós, mi niño!

El hermano besa en el hocico al perro. Las figuras avanzan en el camino. La tarde es oro sobre los montes. Tarde de otoño atlántico, como de primavera. Los cabellos de las hermanas esplenden bajo los mantos. Oro viejo el cabello, marfil antiguo los doloridos rostros. El esquilón de la ermita celebra las tres, que han sonado. Un muchacho del pueblo cruza al lado de las hermanas y se detiene a mirarlas receloso. Las hermanas continúan lentas el camino. El muchacho las sigue con la mirada asustada y curiosa.

ESCENA TERCERA

Una venta en un camino del Valle a LAS PARDELAS. El ventero duerme en la puerta, sobre un poyo de cantería azul. El camino está solitario. LÁZARO, el hermano mayor, aparece por una revuelta del sendero y se acerca a la venta, apeándose del caballo. Prende el rendaje de una argolla que está junto a la puerta, y llama al ventero, golpeándole ligeramente en un hombro.

LA UMBRIA

LÁZARO

¡Abelardo!

EL VENTERO

¡Ah, es su merced, señor! ¡Quién había de saberlo!

LÁZARO

¿Tienes vino fresco? ¿Vino de la isla?

EL VENTERO

Fresquito como el agua de los chorros. De su misma casa es. Voy a llamar a mi moza. ¡Natividad! ¡Natividad! Ahorita lo trajeron y en el pozo lo puse para que se refrescara más. ¡Natividad! ¡Natividad!

Llega al mostrador de la venta NATIVIDAD, la hija del ventero. Es una moza aldeana, rozagante y esbelta. Los senos, de una apariencia ruda y erguidos, son como los frutos de otoño. Unos senos de salud, olorosos, que fortalecen la mirada del caminante, mientras los labios se refrescan con el vino. Es una muchacha sonora y como eterna de vida: brillantes los ojos pardos, tersa de cuerpo, es para el ansia de

JORNADA PRIMERA. ESCENA III

los pechos fatigados como un sano viento de la altura. NATIVIDAD sonríe siempre, como ofreciendo sus labios, que son, como el vino, rojos de su vino, calientes y frescos. La muchacha llega con una vasija de barro cocido en la mano. LAZARO la contempla, entre temeroso y codicioso.

NATIVIDAD

¿Y las hermanas?

LÁZARO

No están tan bien como tú, Natividad.

NATIVIDAD

Yo los vide hace unos días que bajé al pueblo. El niño está un poco esmirriado.

LÁZARO

Ahora mejorará. El aire del Valle es lo más sano de la isla.

NATIVIDAD

Verdad es. ¿Y su merced, no se queda?

LÁZARO

Yo tengo que estar fuera unos días.

LA UMBRIA

EL VENTERO

¿En la ciudad?

LÁZARO

No sé..., no sé...

El hermano calla y bebe ansioso el vino que en el vaso vierte la moza. El ventero vuelve a dormirse junto a la puerta. Hay una pequeña pausa de temor. LAZARO contempla a la muchacha, y sus manos, al acercar el vaso a los labios, tiemblan extraños. NATIVIDAD huye sus miradas de los ojos del hermano, que la miran fijamente. Las manos, pulidas, de LAZARO se transparentan. La muchacha refrena su aliento un instante y aparta la cabeza.

LÁZARO

¡Natividad! ¡Natividad...!

Las palabras salen envueltas en un sollozo imperceptible. La moza aprieta sus labios con temor supersticioso. Y grita.

NATIVIDAD

¡Padre!

JORNADA PRIMERA. ESCENA III

LÁZARO

¡ Dame vino, muchacha ! ¡ Deja al padre !

NATIVIDAD

¡ No se duerma, padre ! Siempre duerme.

EL VENTERO

Mala noche pasé. ¿ Qué te importa ?

NATIVIDAD

Me da grima verle dormir como un borracho.

EL VENTERO

¡ Jesús, moza ! Ni que los borrachos fueran sólo los que durmieran.

LÁZARO

Déjalo dormir, Natividad. Es salud dormir...

EL VENTERO

Y dígalo, señor. Setenta años cumplí para San Miguel y aquí me ve su merced como un castillo.

LÁZARO

Tu hija vivirá tanto, Abelardo.

LA UMBRIA

NATIVIDAD

Yo viviré menos, que voy después.

EL VENTERO

No alegues. Si es más fuerte que yo.
Véala.

El viejo se levanta, sonriente y pícaro. Palpa alegre las nalgas de la moza. Suenan las carnes, prietas, como carne de manzanas. La moza enrojece de vergüenza y de cólera. El viejo sonríe malicioso. Los ojos de LAZARO se desvanecen en una claridad neblinosa.

NATIVIDAD

¡Déjeme, padre! Siempre hace lo mismo. ¡Ni que yo fuera zambomba de Pascuas!

LÁZARO

Déjala, Abelardo. Se puso roja como las amapolas.

Súbitamente, el hermano paga su vino y sale. Pálido, febril, desprende el rendaje de la argolla.

JORNADA PRIMERA. ESCENA III

EL VENTERO

¿Te da vergüenza, hija? Refistolera te vuelves. Lo que da Dios del cielo no debe avergonzar. ¿Verdad, D. Lázaro?

LÁZARO no responde. Los ojos se le pierden sobre el mar lejano. Monta el caballo, y, sin saludar, se aleja pensativo,

NATIVIDAD

¡Es una injuria, padre! No hace más que injuriarme.

EL VENTERO

Gustito le dió el verte tan sana...

El ventero recoge la vasija, cantando y mirando graciosamente a la moza, que tiene el entrecejo arrugado por el malhumor. La muchacha retiene entre sus manos el vaso donde bebió el hermano LÁZARO.

EL VENTERO

¡Trae el vaso y amaina la mirada, muchacha!

LA UMBRÍA

NATIVIDAD

El vaso, no, padre... El vaso hay que tirarlo al camino...

EL VENTERO

Llevas razón, princesa. Tíralo y lávate bien las manos.

La moza sale a la puerta. Mira hacia los recodos del camino y arroja después, confiada y con ímpetu macho, el vaso al atajo cercano. El vaso estalla sobre las piedras y rueda a pedazos entre las chumberas polvorientas. La moza entra en la venta con las manos en alto, huyéndolas de todo contacto con su figura.

NATIVIDAD

Si vuelve y bebe vino no vamos a ganar para vasos, padre...

ESCENA CUARTA

La vieja herrería de JUAN CONFORME, el seminarista. El herrero es el filósofo del Valle. En un tiempo lejano cursó latín en el Seminario de la ciudad atlántica. Es vieja costumbre entre los pu-

JORNADA PRIMERA. ESCENA IV

dientes aldeanos insulares entregar el primogénito a la Iglesia. JUAN CONFORME fué el mayor de su casa, y al Seminario acudió por estudios. Huérfano quedóse otro día, y hubo de retornar al Valle a golpear el yunque. Es un aldeano resignado y socarrón. JUAN CONFORME le llaman después que la mujer escapóse de su hogar con un indiano y no hizo aspavientos de honor por la huída. El amor lo echó a arder en la fragua, y hoy es la herrería un hogar sereno.

La tarde se pierde sobre las montañas. Se inicia el rojo crepúsculo de otoño atlántico. Junto a la fragua de la herrería hasta tres mocetones membrudos trabajan. JUAN CONFORME azota en el yunque un lingote de hierro candente. El fuelle de la fragua es el aliento de un monstruo dormido. En las caras ennegrecidas de los forjadores brillan, rojas, las pupilas, como llamas remotas en medio de una profunda noche.

Las voces son recias; el gesto, firme y brutal. Hombres labrados en el fuego, parecen de cobre. Las chispas que saltan de la fragua se apagan sobre la piel curtida y desnuda. Al compás del martillo, cantan con voces adormecidas.

JUAN CONFORME

Hay que acabar la Cruz antes del sábado.

UN MOZO

Empeño raro el del clérigo. Más cara le saldrá así que no de pino y oficio peor hará.

LA UMBRIA

JUAN CONFORME

¡Quéjate, ahora que te dan trabajo!

EL MOZO

No es quejarme, sino advertir que es raro nada más, siendo el cura tan hilmero.

JUAN CONFORME

Para cosas de la iglesia no lo es, sino más bien para su peculio. Pero si no hubiera tenido esta rareza mal hubiéramos acabado el mes. Aparte de que más dura en hierro, y más linda es.

EL MOZO

Harto de hierros estoy, maestro. Para el estío que viene, éste se va para la Habana.

JUAN CONFORME

Ya llorarás la tierra. Como la tierra y el mar no hay nada.

EL MOZO

Allá también hay mar.

JORNADA PRIMERA. ESCENA IV

JUAN CONFORME

Como este mar, ninguno. Si emigras, con el oficio has de emprenderla también.

EL MOZO

Harto del oficio estoy.

JUAN CONFORME

Todo en el mundo es así. Ninguno está conforme sino yo. Mas otros oficios no hallarás completos. Así, con éste, creas buenos brazos y tus hijos serán de hierro como tú.

EL MOZO

No se puede uno arregostar al oficio, maestro. Es como si se metiera uno en el infierno. Aquí se le endurecen a uno las entrañas

JUAN CONFORME

Es el oficio de la salud, hombre: El fuego da más vida.

OTRO MOZO

Es la vida la que la consume.

LA UMBRIA

JUAN CONFORME

La forja, como yo hago con este lingote.

JUAN CONFORME golpea el hierro como si forjara de verdad un alma. El brazo lo levanta con un impetuoso gesto de Hércules antiguo. El martillo cae fuerte sobre el hierro enrojecido. La ceniza roja es una lluvia de estrellas sutiles que corren hacia el camino y se pierden en el rojo del ocaso. JUAN CONFORME canta una canción de muchacho alegre.

UN MOZO

¡Para ti, desde que se fué aquélla todo es conformidad, maestro!

JUAN CONFORME

Hijos no me dió la tarasca, pero más çaletre, sí.

UN MOZO

¿Dónde anda ahora?...

JUAN CONFORME

A la América se fué. Debe de andar de culebra por aquellos bosques. Después que se fué parece que razono más claro.

JORNADA PRIMERA. ESCENA IV

OTRO MOZO

El humor no se lo llevó tampoco.

JUAN CONFORME

Para mí todo es vida. Cuando iba para clérigo estaba como si tuviera el corazón olvidado en un desván del pecho. Pero a fuerza de tirar por el fuelle, aprendí el secreto de la vida, muchachos. Este oficio es el más sano y el más alegre. Cuando golpeo el yunque me parece que el martillo es mi propia mano.

Una pausa. Cantan los hombres. La llama de la fragua ilumina las negras paredes. Los rostros adolescentes de los aprendices vibran poderosos y bellos. JUAN CONFORME ríe, cantando. Los mocetones, impulsados por el ardor de la llama, cantan y rien también. Otra pausa de silencio. Por el camino avanzan, lentas y oscuras, las figuras de LA UMBRÍA. El hermano GABRIEL se detiene un momento frente a la herrería. Luego, se acerca, pausado.

JUAN CONFORME

Allá van las tres muchachas, la vieja y el niño...

LA UMBRIA

UN MOZO

Van a tomar el sol, como todas las tardes, a LAS ROSAS.

OTRO MOZO

El guayete no tiene ya color.

UN MOZO

Hacia acá se encamina.

JUAN CONFORME

Pena da verlo. Como es el más chico, la madre lo amamantó peor. Podre le dió en vez de leche.

UN MOZO

Mal sol van a tomar esta tarde.

OTRO MOZO

Mal sol, verdad. Miedo y pena da verlos.

JUAN CONFORME

Eso no es para nosotros, muchachos...

En la puerta de la herrería asoma, tímidamente, la desmeдрada figura del niño. Los ojos

JORNADA PRIMERA. ESCENA IV

verdes, luminosos, buscan sobre el rojo adormecido de la fragua un calor que han perdido. El muchacho sonríe. Los labios, exangües, yertos, no pueden acabar la sonrisa. Es una mueca entre inocente y dolorosa. Habla GABRIEL. La voz acaricia, como una pluma, el lomo del yunque.

GABRIEL

Maestro : quiere la abuela que vaya mañana a reforzar la verja. Está roída por el lado del mar.

JUAN CONFORME

Bueno, muchacho. Iré temprano. ¿No quieres entrar?

GABRIEL

Quema mucho estar ahí.

JUAN CONFORME

No quema, pero sí ensucia. Como quieras. ¿Cómo estáis ahora?

GABRIEL

Mejor estoy. El campo es sano.

LA UMBRIA

UN MOZO

¿Y ahora vais a LAS ROSAS? Tarde es.

GABRIEL

Ahora vamos porque la abuela está cada día más reacia en ir. Dice que hoy es el último día que va.

JUAN CONFORME

Bueno, hombre..., bueno...

Callan. Los mocetones han parado la labor. JUAN CONFORME sonríe, piadoso. GABRIEL no se aparta de la puerta. Las lívidas mejillas del niño van sonrosándose poco a poco. El fuelle de la fragua vuelve a respirar, violento. La llama esplende, como el cielo, sobre las montañas. El hermano GABRIEL siente en el pecho herido, el fuerte y amoroso calor de la llama. La cara del muchacho se torna súbitamente roja, de un rojo aldeano y sensual. Las hermanas, inquietas por la ausencia, llaman desde el camino, con las voces rotas y angustiadas.

LAS HERMANAS

¡Gabriel...! ¡Gabriel...!

JORNADA PRIMERA. ESCENA V

ESCENA QUINTA

La fuente de LAS ROSAS, en una oquedad del Valle. La tarde muere. El crepúsculo sobre los montes es un brocado milagroso. Por las veredas de TIRMA los pastores regresan del trabajo. Los cantos lánguidos, de una languidez moruna y pintoresca, llegan a romperse contra el silencio de las rocas. La Fuente: el agua brota de la montaña, abundante y luminosa, como en una leyenda. En las revueltas del camino se pierde, inundando los huertos fronteros. El sol, muriente, en el agua, es oro vivo. Las montañas azules, en el agua, la mezclan de acero, y el rojo escarlata del horizonte la enciende fugaz. Es como un arroyo de fuego que corre por las veredas solitarias, como las antiguas llamas de piedra del viejo NUBLO. La tarde está en el instante de suprema belleza. Lejos, se oyen los cansados cencerros de los bueyes. Las cabañas, las casas humildes, surgen bruñidas por el oro vespéral. Son las casas de los medianeros, casas terreras, de colores vivos, azules, verdes, ocres. La pradera de LA MEJORA se extiende hacia el barranco de TENESOR, verde y humedecida.

Las casas cerca de LAS ROSAS, abiertas y alegres de muchachos descalzos y desnudos, que juegan a la puerta. Las mujeres del pueblo, despeinadas, limpias y olorosas a salud, tejen la estameña clásica de la isla en unos telares primitivos y recompuestos. Los muchachos, recios, contentos y hermosos, parecen amasados en barro fino.

LA UMBRÍA

Las ovejas, un rebaño de ovejas tranquilas, se esparce por los atajos de la montaña, hurtando en los bordes la hierba saludable. Nubes sobre el mar, llenas de oro. La raya roja del horizonte marino corta el mar como una herida.

Las hermanas y la anciana están junto a la Fuente. SALVADORA, desde una roca, otea el dorado silencio del mar. MARTA y GERTRUDIS llevan de la mano a GABRIEL, y sonríen ante la gracia del agua, que corre y los cerca. La anciana parece una muerta. De rato en rato se cubre de sombra sus ojos y suspira. Hay un vago gesto de presagio en toda su figura. Un momento el seco rostro se infantiliza y se acongoja de miedo. Luego, los ojos miran atónitos hacia el camino.

DEMETRIA

¿Qué miras, Salvadora, tan fijamente?

SALVADORA

El mar, abuela.

La voz de la muchacha es un sollozo que se eleva y se rompe en la tarde. Una pausa alargada. La anciana vuelve a preguntar.

DEMETRIA

¿Qué piensas, Salvadora?

SALVADORA

No sé, abuela. Miro el mar, nada más.

JORNADA PRIMERA. ESCENA V

MARTA

¡ Abuela, mira cómo corre el agua ! ¡ Qué bonito es mojar las manos en el agua de las fuentes... !

GERTRUDIS

Parece que se entra por unos agujeritos que hay en las manos y nos riega todas por dentro...

MARTA

¡ Si siempre fuera así ! ¡ Cómo corre por el campo !

SALVADORA

Se pierde en el mar.

MARTA

Riega los huertos del camino. Entre las mieses cruza y las inunda y no se acaba nunca...

GABRIEL

¡ Mira, mira... ! Parece una luz que corre.

GERTRUDIS

Abuela, ¿ no quieres ver el agua ?

LA UMBRÍA

DEMETRIA

No, hija, no ; no os agitéis mucho...

MARTA

¡ Mira más lejos, Gabriel ! Salta sobre los atajos...

SALVADORA

¿ No os gustaría ser llevados por el agua, blandamente, hasta el mar... ?

GERTRUDIS

Sí nos gustaría... Pero mira : unas vacas beben, lejos, en la acequia...

MARTA

El agua estalla en las negras narices.

GABRIEL

Parece que de allí brota también. ¿ Y no se acaba nunca en la fuente, Salvadora ?
¿ Siempre corre ?

SALVADORA

Siempre

JORNADA PRIMERA. ESCENA V

GABRIEL

¡ Voy a beber el agua entonces !

SALVADORA se vuelve rápidamente. El rostro de la hermana es una súplica angustiosa.

SALVADORA

¡ Oh, no bebas de esa agua !

MARTA

¿ Qué importa beber ?

GABRIEL

Tengo sed.

SALVADORA

¡ No bebas ! Ya ves que no quiero...

GABRIEL

No beberé, Salvadora.

GERTRUDIS

El agua pura no hace daño.

SALVADORA

Dejadlo vosotras y no digáis nada.

LA UMBRIA

GABRIEL

Bueno, bueno... Yo aguantaré la sed un ratito...

La anciana ha oído, distraída, las palabras. De pronto, clava una mirada agria y enérgica sobre el muchacho. La voz de la vieja DEMETRIA vibra, reconcentrada y opaca.

DEMETRIA

No hacéis caso nunca. No vuelvo más a estos paseos. ¿Por qué quieres beber el agua en la fuente, como los chicos del arroyo? No vuelvo, os digo. Nunca obedecéis. Estos paseos no hacen más que mortificarme. Estoy muy contrariada aquí. Y el día menos pensado nos coge la lluvia en el camino. Y esta tarde lloverá, lo estoy presintiendo.

Los hermanos la escuchan con los ojos bajos. SALVADORA extiende la mirada en el mar y suspira. La vieja repite las palabras.

DEMETRIA

Estoy viendo que lloverá. Mientras menos sol hay más nubes se agolpan en el cielo.

JORNADA PRIMERA. ESCENA V

*Se levanta nerviosa y extraña.
Los ojos le fulguran bajo la
sombra del manto.*

DEMETRIA

No debemos mezclarnos con esta gente. Ved cómo nos miran al pasar. No puedo resistirlo. Parece que quieren adivinar algo. ¡Esas caras aldeanas que siempre miran con asombro!

SALVADORA

¡Qué importa ya, abuela! No grites. La gente mira.

MARTA

No puedes gritar. La gente se para...

DEMETRIA

Nunca puedo hacer mi gusto. En la casa he sido siempre un mueble. He vivido muy desconsiderada.

SALVADORA

¡No, abuela! Pareces una niña. Todos te hemos querido...

LA UMBRIA

DEMETRIA

Pero ninguna hace lo que debe ser.
Lo que yo mando. Vuestra madre y vuestro
hermano os dieron muchas alas.

MARTA

Pero es que mandas unas cosas sin sentido.

DEMETRIA

¡Sin sentido! Oid lo que dice esta niña.
Pero vamos, vamos... Aquella Sagrario
hará alguna cosa de las suyas. Juan Antonio
me aguardará también... Qué sería de
vosotras ahora sin mi cuidado...

GERTRUDIS

Aguarda a que el sol se vaya.

DEMETRIA

¿Para que la noche y la lluvia nos coja
en el camino? No; vamos, vamos, hijas.
Hay que pensar en la cena. Todo está muy
descuidado en la casa...

GABRIEL

Un momento, abuela. Sagrario lo hará
todo.

JORNADA PRIMERA. ESCENA V

DEMETRIA

Qué va a hacer aquella criatura... Vamos.

SALVADORA

Vamos. Mejor es, si así lo quiere.

GERTRUDIS

¡Qué tristeza, Salvadora!

SALVADORA

¡Qu hemos de hacer...!

Las muchachas se miran en silencio y se apartan de la vieja.

SALVADORA

Vamos, Marta.

MARTA

Me quedaría aquí siempre...

GERTRUDIS

¡Volver a casa sin luz, alumbrados por aquellos viejos candiles...!

MARTA

¿Y si no volvemos más a LAS ROSAS?
¿Y si no nos quiere traer más...?

LA UMBRIA

SALVADORA

Vendremos solas.

GERTRUDIS

¿Por qué lo dices si no te atreverías a venir...?

SALVADORA

¡Oh, no sabes de lo que yo me atrevería!

GABRIEL

Vamos junto a la casa del guarda. Tengo frío. Hace frío...

SALVADORA

¿Tienes frío, niño?

GABRIEL

Sí, mucho tengo.

MARTA

Ven a mi lado. Yo te abrigaré con mi manto.

DEMETRIA

¡Qué hacéis, hijas! ¿No oisteis que quiero marcharme?

JORNADA PRIMERA ESCENA V

GERTRUDIS

Déjanos un poco más, abuela.

DEMETRIA

No, hijas, no... Va a oscurecer. Oí que Gabriel tenía frío. ¿Veis cómo estos paseos no son tan saludables? Abrigad bien a ese niño y vamos...

MARTA

¡Si LA UMBRÍA estuviera aquí, sobre esta montaña...!

Avanzan silenciosas hacia el camino viejo. Un alegre rumor de esquilas los detienen. Por el sendero de TIRMA aparecen las vacas. Un mocetón erguido y gallardo las guía, hablándolas con unas palabras disparatadas y pintorescas, mientras las azota ligeramente en las yacigas. Son las vacas lechales, cruzadas de flamencas, de tan espesas ubres, que casi arrastran sobre el polvo del camino. Pacientes y poderosas avanzan. En los graves ojos grises se acogen las figuras leves y asustadas de los hermanos. Los muchachos, desnudos, se acercan gritando con júbilo salvaje.

LA UMBRIA

EL MANIJERO DE LAS VACAS

¡Su merced, señora princesa, la vaca roja, adelante un paso, que me trunca la sanidad de un chiquillo!

LOS CHIQUILLOS

¡Las vacas, madre! ¡Traen leche! ¡Leche para ordeñar! ¡Dame, madre...!

Las hermanas se apartan a un extremo del camino, asustadas y curiosas. La vieja contempla airada la escena pastoril. Los niños se agarran sonrientes a los corvejones de las vacas y las tiran de las colas, como haciendo repicar una campana.

LOS CHIQUILLOS

¡Tan...! ¡Tan...! ¡Tan...!

EL MANIJERO

¡Eh, familias, dejad el paso libre...!

LOS CHIQUILLOS

¡Madre, dame leche ordeñada! El manijero me la dará...

JORNADA PRIMERA. ESCENA V

SALVADORA

¡ Abuela... !

La hermana palidece. Quiere hablar, pero las palabras se deshacen antes de salir de los yertos labios. Silenciosa y pensativa cierra los ojos. Las vacas avanzan. La tarde se apaga lentamente. Una túnica gris y húmeda parece cubrir el cielo, dorado ya. Una estrella brota sobre el horizonte del Valle, y las hermanas sienten la estrella acogerse en sus almas. En un impulso incontenido llaman gritando a los niños.

LAS HERMANAS

¡ Venid, venid con nosotras... !

Los niños, alegres, acuden. MARTA y GERTRUDIS acarician los cuerpecitos desnudos. GABRIEL les besa las piernas. SALVADORA prende al más hermoso entre sus manos y lo levanta esforzadamente sobre las vacas.

EL MUCHACHO

¡ Madre ! ¡ Mire qué grande soy !

LA UMBRÍA

EL MANIJERO

Ya ves cómo necesitas crecer mucho para subirte...

Los chiquillos hacen sonar las esquilas. Las mujeres han visto desde las casas la escena infantil. Se levantan agitadas, derrumbando los telares. Una ve más pronto al muchacho sobre la vaca, sostenido por las manos tristes de SALVADORA, que sonríe ante el chiquillo como en un sueño recóndito. Las mujeres corren hacia el grupo, demudadas, febriles.

UNA MUJER

¡¡ Condenado, ven para acá con tu madre... !!

La voz es violenta, iracunda, mezclada de terror y de ira. SALVADORA, con un súbito espanto infantil, deja en tierra al muchacho y esconde precipitadamente las manos bajo el manto. La madre tira del niño con un salvaje impulso de fiera parida.

EL MANIJERO

¡ Idos y dejadme... ! ¡ Adelante ! ¡ Adelante ! Su merced, señora abadesa, la del

JORNADA PRIMERA. ESCENA V

manchón blanco, arremúlese y no ande.
¡ Me gusta la tranquilidad ! ¡ Que es tarde !
¡ Eh... Eh ! ¡ Lloverá esta noche ! ¡ Lloverá
esta noche... !

Las vacas desaparecen. El rumor de las esquilas se alarga en el ocaso. En las casas vecinas se agruparon las mujeres en torno del chiquillo, que llora. Las mujeres lanzan sus miradas hoscas y recelosas a las hermanas, que se han detenido sorprendidas, sin comprender. La vieja, separada de las hermanas, vuelve a ellas erguida y orgullosa. Las hermanas aguardan.

DEMETRIA

¡ Qué gente más ordinaria !

MARTA

Nunca quieren que les toque nadie sus niños... A honor debieran tenerlo.

La vieja se adelanta sin mirar y emprende el camino, por el sendero viejo. Detrás, las hermanas la siguen silenciosas y conformes. SALVADORA, pálida y estremecida, lleva las manos cruzadas sobre el pecho opri-

LA UMBRIA

mido. Siente que sus ojos se le agrandan y que el alma le empuja hacia las pupilas las lágrimas calientes. El sollozo brota, anublado y desgarrador. Las hermanas se vuelven.

MARTA

¿Lloras, Salvadora? ¡Por nada lloras!

GERTRUDIS

¡Siempre eres la misma...!

SALVADORA

¿Pero no visteis, hermanas, no visteis nada...?

ACABA LA JORNADA PRIMERA

J O R N A D A S E G U N D A

ESCENA PRIMERA

En LA UMBRÍA. Un salón austero, sombrío, con un ventanal sobre el acantilado de basalto. Al través de los cristales, en un fondo de niebla tenue, se ven las siluetas de unas montañas gigantes: las montañas del Puerto. Sobre las montañas, en la más alta lejanía, los pinares de TIRMA. Es una tarde triste, de descolorido cielo azul, silenciosa y olvidada sobre el mar.

El mar, al pie de la vieja casa, tiene un afligido susurro, y el viento, lento, estirado, estremece los cortinajes de morado terciopelo que cierran las puertas y enarcan el ventanal. Una galería estrecha y larga se ve cuando los cortinajes se abren. En un testero de esta galería hay un Cristo lívido que alumbra un candil de metal. Silencio. De tiempo en tiempo, los cristales del ventanal, como erizados de viento, hieren la misteriosa quietud de la casa. El rumor de los cristales atraviesa, estridente, las galerías, los salones, los vastos patios encayados.

Los muebles del salón, tapizados en viejo cuero de Córdoba, están desgastados y ennegrecidos. Hay viejos retratos en las paredes de hombres

LA UMBRÍA

condecorados, de mujeres frías y pálidas que tienen cabellos de muerto, ojos de un verdor tenebroso y manos finas, tersas y largas. Cosas diferentes y mezcladas de estilos en todo el salón. Como es uso en las antiguas casas ricas de la isla. Todo conservado en polvo, inmóvil y olvidado. Una clave rota. Un tocador. Alfombras de pluma. Y sobre las cosas viejas, la sombra dorada de la tarde.

Otoño. Un otoño de mar. Nubes de oro cuando el ocaso avanza. Los pinares de TIRMA sobre los montes surgen entre la niebla dorada pequeños, como hombres. El faro del Puerto, al socaire de las montañas, brilla encendido desde la media tarde. Largas pausas, extendidos silencios, como si alguien escondido en los sótanos oscuros escuchara el latido del corazón del mar.

Un momento, los cristales del ventanal crujen más fuertes. Es el viento, que empuja agrio, y suena como un alarido. Retiembla, lejano, un trueno. Las puertas del ventanal tiemblan en sus goznes y, al fin, se abren bruscamente, como si una mano invisible las empujara. El viento, desbordado, inunda el salón. Los retratos de las paredes oscilan. CÉSAR, el perro, aúlla en la galería. Después, se oyen las pisadas del animal, que aparece y se detiene espantado ante el ventanal, lanzando un desesperado aullido.

CÉSAR

¡Este viento es otro que el viento de los caminos! ¿De dónde puede venir este viento terrible? Los caballeros de los retratos sonríen. Ellos conocen, sin duda, ese viento hechicero.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

El aullido se apaga con un lánguido quejido de dolor. Una ráfaga silenciosa y fría cruza sobre el lomo del Terranova, que se enarca y hace aullar de nuevo al perro con un aullido siniestro.

CÉSAR

¡Este viento que cruzó por mi lomo no pasó por los laureles del camino, no trae el aroma de los eucaliptos! Ha roto el ventanal como un ladrón de la noche. No es el viento de los senderos tranquilos, no es el viento valeroso y sano de los montes, que saluda las verdes ramas de los laureles como un alegre muchacho. Es un viento de una noche más lejana...

El perro husmea en la penumbra dorada y gris de la tarde; las fauces se le dilatan. Los ojos son dos esmeraldas iluminadas. Silencio. CÉSAR aúlla otra vez. Luego, pisadas y rumor de voces en la galería. Llega SAGRARIO, la doncella, precipitada y llena de susto, por la galería del Cristo. SAGRARIO es una moza bella y briosa. Los labios, sensuales y húmedos, como la voz, le brillan sangrientos.

LA UMBRIA

SAGRARIO

¡Señorita! ¡Señorita! Ha sido el ventanal que abrió el viento. La tarde es fría. Parece que va a llover.

SALVADORA, en el marco de la puerta, sonríe entre asustada y triste. La blanca figura es de una belleza espantada y desconocida. La luz de los ojos verdes da a la cara una sombra azulada y extraña. Incrustada en la penumbra del ocaso, parece la livida llama de un alma muerta que se aleja poco a poco y se apaga en la noche. Los cabellos rubios, resplandeciendo sueltos sobre la espalda corvada, vigorizan la marchita figura.

SALVADORA

¡Qué miedo me da el viento! Cierra, cierra pronto...

SAGRARIO

¡Cómo ladró este perro! ¡César, no se ladra así...!

El can susurra un ladrido, agachando la cabeza, agitando la cola de pluma. Silencio. La doncella ha cerrado el venta-

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

nal. Una lluvia arremolinada azota los cristales. El perro murmura.

CÉSAR

Yo aullé con razón. Fué como una sacudida terrible. Acaso mi ladrido viniera en el viento mismo. Tú eres una zafia mujer que jamás estuvo en la ciudad y no puedes entender de ladridos...

SAGRARIO

¡A callar...!

SALVADORA

¡Pobre César! Sagrario no te quiere. Ven con tu ama.

El perro se acerca. Las manos de SALVADORA, pálidas y suaves, pasan lentamente sobre el tibio lomo del perro. Otro silencio sigue. El perro se tumba sobre una de las alfombras plenosas. SALVADORA, entonces, avanza hasta la mitad del salón. Cierra los ojos un instante. Ha creído otr, lejos, un grito inarticulado. Medrosa y pálida se abandona en uno de los sillones. La figura delgada, blanca y luminosa, es como un reflejo de la luz de la tarde so-

LA UMBRIA

*bre el brillo apagado del cuero.
La muchacha parece sollozar,
con un sollozo de sueño. SA-
GRARIO llega junto a SAL-
VADORA.*

SAGRARIO

¡Siempre llora, señorita!

SALVADORA

¡No hables! Hoy tengo miedo. Es un día de amarguras y además no puedo respirar bien.

SAGRARIO

¿Qué siente, niña...?

SALVADORA

Una tristeza profunda, tan grande... Yo no sé... Tú tampoco lo entenderás... Como si la tristeza fuera una mano y poco a poco me empujara el pecho más adentro.

*El perro torna a rezongar,
acurrucado a los pies de la her-
mana.*

SAGRARIO

Este perro no calla hoy. ¡César!

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

SALVADORA

¡Si está inquieto como yo, mujer! César, ¿por qué no callas...?

SAGRARIO contempla amedrentada la triste figura de la hermana. Sigue otro silencio. Pasos sordos a lo largo de las galerías. La lluvia cesa. y el viento se apacigua.

SALVADORA

Hoy no estoy buena. ¡Tantos días sin salir! Y después de todo, ¿para qué ya...? Más triste es la luz que la sombra. En la sombra no vemos nada. ¿verdad...? ¿Qué hora es, Sagrario?

SAGRARIO

Debe ser tarde ya. La oración dará en seguida. Pero no se angustie...

SALVADORA

¡No he de angustiarme! Después de lo que ha pasado... ¿Qué va a ser de nosotras, tan solas? ¡Y por qué, Dios mío, somos tan desdichadas...?

LA UMBRIA

SAGRARIO

Todo pasará. Cuando el niño mejore volverán a la casa de la ciudad. ¿No se sienten mejor...?

SALVADORA

De pronto, sí. Pero luego vuelve el dolor. Y acaba y empieza de nuevo. Parece que alguien, alerta siempre, me dice que no debo olvidarlo. Hoy no ha habido sol. Ya no habrá más... Llegará el invierno, ¡y qué va a ser de nosotros!

SAGRARIO

Aquí en la isla no hay invierno y en el campo del Valle, menos. Ya verá cómo pasan estos días y volverán otros de sol.

SALVADORA

No sé..., ahora tengo frío... Acerca tu mano a mi frente. ¿Arde o está helada?

La doncella no quiere tocar la frente de la hermana. Ha recogido sus manos en un impulso estremecido y las pone a salvo en su espalda.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

SAGRARIO

¿Pero por qué está así hoy? Es nerviosa lo que está.

Acude presurosa al ventanal. Las palabras son desentonadas, y el gesto, aldeano. Palpa con las manos los cristales, empañados de niebla.

SAGRARIO

Mire la tarde cómo aclara. Lejos pasó la tormenta... ¿No oyó el trueno? Allá, en el horizonte, brilló un relámpago. El mar está tranquilo...

SALVADORA, atenta siempre a un pensamiento tenaz, olvida su dolor y se levanta. Va hacia el ventanal, entenebrecida. El perro, al verla, murmura otra vez.

CÉSAR

No vayas con esa mala hembra de Sagrario. Cree que la vas a contagiar tu palidez y tu amargura. Es una de esas aldeanas bienolientes, que huirá espantada de tu lado siempre. ¡No fíes de esas aldeanas, amita!

LA UMBRÍA

Hay otra pausa. SALVADORA, junto a la doncella, en el ventanal, tiende su mirada sobre el mar sereno. Atenta al terco pensamiento que le brota en el espíritu, habla con una voz suspirante.

SALVADORA

¿Sabes tú cuándo se marcha la GUAYARMINA?

SAGRARIO

Oí decir que al finar la semana.

SALVADORA

¿Has visto a Guillén en el pueblo?

SAGRARIO

Vídelo ayer en la herrería.

SALVADORA

Pero él no duerme a bordo, ¿verdad?

SAGRARIO

No, señorita; vive en Guayedra, con la madre. Casualidad fué el verlo, porque cuando la goleta está muchos días él no baja.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

SALVADORA *calla. Las miradas y el alma vuelven hacia el mar. Un momento parece que quiere revelar a la doncella un secreto. Arrepentida y temblorosa cierra los ojos y mira hacia la galería. En la puerta de la galería está la anciana, retorcida y misteriosa como una aparición.*

DEMETRIA

No he visto a tu hermano. Ese niño coge mucho aire. Le he dicho que no esté en el jardín....

SALVADORA

Déjalo, abuela. ¿No comprendes que es muy niño todavía y que no hay que contrariarle mucho...?

DEMETRIA

Es que no puedo con estas cosas vuestras. Estáis siempre buscando aire. Y desde que no vamos a LAS ROSAS estáis mejor.

SAGRARIO

Caminar mucho es. Pero dicen que es bueno. Aquí vino una mocita de la ciudad y estábase muriendo cuando llegó al Valle.

LA UMBRIA

Y en LAS ROSAS se curó. Un día 'a vimos aparecer con más colores que Dios. Contenta fué y daba gloria verla de sana y fortalecida.

DEMETRIA

Yo sé quién fué. Volvió a la ciudad con colores sanos, pero fingidos. El aire está lleno de miasmas. La ciudad le quitó los colores y con Dios se fué la pobre... Todo es inútil. Hay que resguardarse. Para la enfermedad lo mejor es resguardarse.

SALVADORA

No digas eso, abuela. No transiges con nada y parece que te da gozo hablar así.

DEMETRIA

No es gozo. Aquí me tienes a mí llena de achaques siempre, y por resguardarme vivo. Tu pobre madre se empeñó también en venir al campo. Estos pueblos siempre son sucios... Y ya veis; se os murió cuando más falta os hacía. ¡Y ahora tu hermano Lázaro...! Eso que ha hecho... Gracias a mi resignación y a que estoy curtida por los desengaños.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

SALVADORA

¡Cómo hablas...! Para ti es una alegría recordar el dolor.

DEMETRIA

No hija, no. Es que vosotros no queréis hacerme caso. Yo he sido en esta casa, porque no me casé, como un mueble. Y ahora, ¡qué sería de vosotras sin mí...! ¡Ah, muchachita, muchachita! ¿Quién es haría las cosas sin mí...? Estáis como atontadas. Hay que sacudirse y no temblar tanto...

SALVADORA

¡Quién te comprende! A veces eres razonable, otras veces la que tiembla eres tú...

La vieja se queda de pronto inmóvil, alumbrando la estancia con las llamas verdes de sus ojos. Luego, recorre la sala de uno en otro testero, como asustada repentinamente, por el recuerdo de un miedo desconocido. Junto a la puerta de la galería vuelve a detenerse. En la puerta aparece, detrás de la vieja, GERTRUDIS, llorosa y estremecida. La vieja hace un imperceptible gesto de contrariedad

LA UMBRIA

al sentir los lloros de GERTRUDIS, y, apartándola de la puerta, se evade por la galería. GERTRUDIS y SALVADORA se miran temblorosas, como perdidas en un confuso mar de pensamientos extraños. SAGRARIO las contempla muda.

GERTRUDIS

¿Es verdad, Salvadora, lo que Marta me ha dicho?

SALVADORA

Verdad es. Pero no hay que llorar. Ya hemos llorado bastante. Piensa, sin embargo, lo que va a ser de nuestra vida sin él...

GERTRUDIS

¡Qué hacer, Dios mío!

SALVADORA

Yo voy viendo que nuestro destino no es otro que el cotidiano dolor. Sufrir siempre, siempre...

Las muchachas se enlazan de las manos, cariñosamente. Las dos figuras, medrosas, se juntan como dos sombras. Otra pausa se sucede, una de esas pausas vacías y largas en las

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

que parece no haber ni silencio. SAGRARIO atisba las dos figuras de demacrados perfiles. Luego se desliza suavemente por entre los cortinajes. CESAR, que la ve, se levanta y la sigue.

GERTRUDIS

¿Pero no será para siempre...?

SALVADORA

No sé para cuándo... ¡Quién sabe! Fué una carta triste. Me llama su hermanita seria y querida. Me recomienda a todos vosotros... ¡A mí! Qué inocente, ¿verdad? Que volverá pronto. Que no nos asustemos..., que es un viaje necesario... Parece la carta de un loco... Y yo, mientras la leía, me temblaba el corazón, no por la marcha, sino por algo más espantoso... Mis ojos ven la verdad de todo, pero mi corazón no quiere verla todavía... És muy triste, Gertrudis. Tú no quieres saber nada..., ninguna quiere saberlo... Yo, sí... Yo, sí...

GERTRUDIS

No llores más. Tienes siempre los ojos rojos de llanto... ¿Qué hacer...?

LA UMBRIA

Un sollozo de susto, un temblor de miedo hace estremecer la figura de la hermana GERTRUDIS. SALVADORA sonríe con una sonrisa de hielo, como una mujercita seria y profunda.

SALVADORA

¡ Vivir ! Nos queda el dinero aún, ¿ verdad ? Con el dinero iremos matando todo...

Silencio. GERTRUDIS, repuesta de su dolor, acaricia los áureos cabellos de la hermana. Una alegría súbita la domina. Como una chiquilla consolada por un juguete pueril, se seca rápida las manos, y habla agitada de gozo.

GERTRUDIS

No importa. Mientras haya salud... Cuidaremos al niño y él curará. Si la abuela no quiere ir a LAS ROSAS, iremos nosotras... ¡ Lázaro se va, nosotras nos quedaremos ! El sol es sano para el niño...

SALVADORA

¡ El niño ! ¡ El niño ! ¿ Y nosotras ?

JORNADA SEGUNDA. ESCENA I

GERTRUDIS

Nosotras, ¿qué?

SALVADORA

Nada, hermanita, nada... ¡Hay que vivir!

GERTRUDIS

El año que viene será mejor que este que acaba...

En los ojos de la hermana SALVADORA nace una desdenosa tristeza. Ha oído, con el alma destrozada, las palabras de GERTRUDIS. Sus labios mustios se entreabren imperceptibles, como las flores en los vasos. Son unos labios cada vez más blancos, más mates. Los ojos se cierran clementes. La noche se avecina. Suena la oración en la ermita de las Nieves. En el jardín, CESAR ladra con un aullido afilado y duro. El viento que llega del agro cercano se reposa sereno sobre el mar.

SALVADORA

¡Dios será bueno al fin...! Dichosa tú, hermanita...!

LA UMBRIA

En la tarde silenciosa, el viento, apaciguado, tiene un rumor oloroso de cercados. Un largo mugido, doloroso y lento, llega del establo de la quinta. Las hermanas se estremecen y vuelven a juntarse. SALVADORA palidece. El mugido, terco y agónico, persiste en el viento. SALVADORA siente un desvanecido temblor y se acoge a la hermana. El mugido se prolonga y se clava como un espanto en el alma de la muchacha.

GERTRUDIS

¿Qué es? Las vacas, ¿verdad? ¡Qué extraño mugido!

SALVADORA

¡Parece una voz humana que se queja!

ESCENA SEGUNDA

El establo de la quinta. EL ORDEÑADOR de las vacas. Hay seis vacas rojas, con las ubres mustias, como si las hubieran ordeñado hasta hastiarlas, de una manera tenaz y apurada. DOMINICA, la moza del establo, sostiene las vasijas. EL ORDEÑADOR no encuentra más leche. Ordeña figuradamente y maldice.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA II

EL ORDEÑADOR

Toda la leche se la beben y ningún bien les hace y las vacas se consumen como personas.

DOMINICA

Aquí apenas hay.

EL ORDEÑADOR

¿Nada hay, condenada? Y eso, ¿qué es?

DOMINICA

Poco es, señor, y no se enroñe, que yo no tengo culpa.

EL ORDEÑADOR

Bautízala con agua y así se completarán los cacharros. Yo no puedo hallar más. Ya oscurece, y de noche es malo el ordeño. ¡Y para el provecho que hacen!

DOMINICA

¿No hará mal el agua?

EL ORDEÑADOR

¡Qué mal va a ser, condenada! El agua no hace mal ninguno. Y a ellos, qué mal

LA UMBRIA

puede hacerles ya. El mal sería para nosotros, los sanos .

DOMINICA

No maldiga. Quien le ve y le oye le dirá que no cobra salario hace mil años.

EL ORDEÑADOR

Es que estoy harto del manejo. Y además, *eso* se pega a las vacas. Y mucho mentiría si no dijera que las vacas andan ya con el mal por el rabo.

DOMINICA

¡Y qué le importa al hombre! Yo, que soy mocita, tengo menos respeto.

EL ORDEÑADOR

¿Qué respeto puedes tener, si no pásas del portalillo? Jamás las has visto.

DOMINICA

No ha habido lugar... Pero apriete las ubres otra meaja...

EL ORDEÑADOR

¡Pero si son de esparto, diabla! Me traes entontecido... Escucha cómo no se oye ya

JORNADA SEGUNDA. ESCENA II

ni una hoja en el jardín. Anda a la fuente y completa las vasijas, que yo me alejo a mi casa hasta mañana, si hay leche...

DOMINICA

Acompáñeme a la fuente. Yo sola tengo miedo y pueden verme...

EL ORDEÑADOR

¡Qué miedo! ¿Y quién te va a ver?

DOMINICA

Es que no se oye nada.

EL ORDEÑADOR

Mejor. El silencio es una ayuda.

DOMINICA

Es un duende, porque cuando no se oye nada se oye hasta lo que no suena.

EL ORDEÑADOR

¡Anda y que te crucifiquen como a Padre Dios! Echa delante y calla.

LA UMBRIA

DOMINICA

Parécele a ésta que el miedoso es el ordeñador...

EL ORDEÑADOR

Calla y no seas alegantina, Dominica. Yo bien sé lo que hago, que para eso soy más viejo que tú y más entendido en las cosas del mundo.

Salen. El establo, iluminado por los últimos oros del ocaso, tiene un regazo apacible y humilde. Las vacas mugen largamente, y es el mugido quejumbroso, dolorido, como si saliera de las ubres exhaustas, las pobres ubres que no tendrán leche para el amanecer de los terneros. El aroma del establo se esparce por el jardín de la quinta. En el silencio de la noche vecina suena el borboteo del agua en las vasijas de metal. La leche blanca, espesa y sanadora, se torna azulada y turbia como un ópalo falso.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA III

ESCENA TERCERA

Un patio de la casa. Uno de esos patios insulares empedrados y grises, con gruesas columnas de tea pintadas de aplomado, que sostienen un corredor descubierto. El patio de todas las antiguas casas coloniales, mezcla de andaluz y portugués. Grandes portalones claveteados de metal, como las puertas parroquiales, están abiertos alrededor del patio: son los portalones de las bodegas. La escalera, labrada en lo hondo de la pared, sube a la galería, bajo un artesanado morisco tallado en tea. La escalera es de piedra tosca, ancha y fría, como las viejas escaleras de los conventos. Un cuadro antiguo, de santo desconocido, con mitra y báculo, se ve en el testero principal de la escalera. Es un cuadro borroso y carcomido, procedente de alguna de las desaparecidas ermitas del Valle. Del centro del artesanado pende, cubierto de polvo, uno de esos amables faroles sevillanos del siglo xvii.

Bancos de piedra tallada. Humedad de mosto en todo el patio. Las baldosas, amoratadas de vino, resbaladizas y viejas, tienen antiguas huellas de herraduras.

Las mulas. Los dos arrieros. EL CUIDADOR de la bodega.

Un arriero ha cargado las mulas con los barriles del vino. EL CUIDADOR de la bodega va cerrando los portalones. Las pesadas puertas crujen en sus goznes, y el eco resuena en el patio y se pierde por los corredores como un largo bostezo ani-

LA UMBRÍA

mal. La luz piadosa del atardecer entra en el alma de los hombres pacíficamente. Los hombres hablan, con un hablar tardo y desconfiado.

EL CUIDADOR DE LA BODEGA

Todos los barriles van. Un barril es para Abelardo. Al finar la semana querrá otro. Los lleva a pedacitos, como si así se le abaratasen más.

UN ARRIERO

La gente anda ya reacia. Abelardo tomó los últimos rezongando. Me da a mí que el vino se va a quedar para siempre en las bodegas.

OTRO ARRIERO

Mejor será, que con los años gana.

EL CUIDADOR

Es mucho exagerar el de la gente. Nada tendrá que ver el vino que se saca de la tierra.

UN ARRIERO

¡Y qué vamos a hacer nosotros! Atolondrados andaban los de Tirma porque la Isabel, que estuvo con ellos sirviendo en la ciudad, se moría de eso mismo anoche.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA III

OTRO ARRIERO

De aquí no salen sino maleficios. Y hay que ver cómo anda el niño. Sequito como una hoja. ¿Y las mozas? ¿Y la vieja, que esa no acaba nunca? Es una gente mal destinada.

EL CUIDADOR

Cosa de Dios es. Más buenos conozco yo y son más infortunados que ellos, que posibles, al fin y al cabo, no les falta. El mal les viene de atrás y no le remedian, pero hay otros más maldecíos.

Las mulas triscan inquietas sobre las baldosas. Los barriales, sobre las albardas aflojadas, se agitan, y desatan las cuerdas que los sostienen. Los arrieros acuden a reforzar la carga. Canta lejos un gallo.

UN ARRIERO

Parece el amanecer... Un gallo ha cantado...

OTRO ARRIERO

Si seguimos aquí sí nos dará el alba.

LA UMBRIA

UN ARRIERO

Aprieta el pitón, que el vino se sale escapado.

OTRO ARRIERO

¡ Maldecía albarda es ésta !

EL CUIDADOR

Es el pitón, que es añejo.

UN ARRIERO

Agrietado está, y aunque pareció de roble hoy ya parece de corcho...

Las recias mulas sacuden violentas la carga del vino y golpean las baldosas con las herraduras desgastadas. El pitón de uno de los barriles, en un impulso rápido salta y rueda sobre las piedras. El vino, rojo como la sangre, cae en un chorro prolongado sobre la grupa del mulo, que se estremece de frío.

UN ARRIERO

¡ El vino se sale !

OTRO ARRIERO

¡ Contengo bien !

JORNADA SEGUNDA. ESCENA III

EL CUIDADOR

¡Ya va vaciado hasta la mitad!

Un reguero sangriento entre las piedras. El nuevo vino brilla apagado y oloroso. Los arrieros acuden con sus manos a la boca del barril. Las manos se manchan de vino, y es como si contuvieran espantadas el chorro de sangre de una herida. El CUIDADOR busca entre las piedras el perdido pitón.

UN ARRIERO

¡Parece sangre!

OTRO ARRIERO

¡A poquito que te esfuerces parecerá la boca del diablo arrojando fuego por ella!

UN ARRIERO

Cosa de hombres pareció, y que no era vino lo que salía...

OTRO ARRIERO

De esa guisa andaba la Isabel antier noche. Esmorecía se quedaba la pobre.

LA UMBRÍA

EL CUIDADOR

¡El pitón ha parecido! Arreglad pronto y marchaos. Parece que en jamás tenéis prisa.

UN ARRIERO

¡Arrejála el pitón!

Mientras los arrieros recomponen la carga y aprietan las cuerdas sobre las albardas, canta lejos otro gallo.

UN ARRIERO

Parece que nos anuncian un alba más pronto que otros días.

OTRO ARRIERO

Atiende, y no hagas pláticas.

UN ARRIERO

No fué mucho el vino perdido.

OTRO ARRIERO

Debieras completarlo con medio jarro, Juan Antonio.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA III

EL CUIDADOR

No hace falta, apenas vació. ¿Os queréis beberlo? Ese dalo a Abelardo y di que se lo echaré de más en otra tanda.

UN ARRIERO

Testarudo eres.

EL CUIDADOR

¡ Es que va a ser la noche, machangos ! Y la señora me espera. ¡ Arreen de una vez !

Los arrieros salen, conformados. El CUIDADOR de la bodega sube la escalera de piedra haciendo sonar una bolsa mugrienta, llena de cobre, que saca de la faltriquera. El oro vespéral se ha refugiado en el patio. El olor del mosto se esparce en la brisa. En el camino resuenan gritos de niños, rodar de carretas, cantos de mujeres. Una puerta se abre lentamente.

El hermano GABRIEL, llevando de la mano a CÉSAR, llega del jardín. Abatido y sombrío, el niño se desliza sutilmente guiando el perro por junto a las paredes del patio. Los ojos del hermano lucen con un punto de oro en las pupi-

LA UMBRIA

las. Se detiene y se sienta en un banco que hay frontero a la escalera. Luego abre los labios y sonríe fatigado. El perro lo contempla desengañado y cordial. Las manos del muchacho acarician la cola del perro. El tiempo amenazador de lluvia se ha calmado. Es la hora discreta y suave de las tardes del otoño atlántico. Hora de paz, dulce y dorada, como los viejos brevariarios familiares.

GABRIEL

¡César! Estoy muy cansado. Aguardemos.

El perro clava sus miradas en el hermano, luego le lame las manos, fraternal y melancólico.

GABRIEL

¡Cómo huele el vino, César! Aspirando fuerte es como si lo bebiera. ¡Oh, mira! Han vaciado los barriles. ¡Se ha hecho un lago en las losas...!

El niño se levanta y se mira en el charco del vino. La figurilla desmedrada y triste se copia en el fondo del charco, como

JORNADA SEGUNDA. ESCENA III

una silueta de sombra. El perro huele el vino, saca la lengua, la moja y luego se aparta rápidamente, regañando el hocico.

GABRIEL

¿Es malo, verdad? El vino emborracha, pero poquito fortalece. ¿No te gusta, César?

El muchacho, embriagado del mosto, aspira fuertemente el olor. La figura se tambalea desvanecida. Acude al banco de nuevo. Un temblor febril lo invade. Instintivamente se tapa la descolorida boca con las manos. Cierra los ojos, junta las piernas débiles y echa atrás, sobre la húmeda pared, la marchita cabeza. Una pausa de silencio. El niño torna a abrir los ojos. Con dolorosa fatiga se levanta y sube tambaleándose, borracho, la ancha escalera de piedra. El perro le sigue.

LA UMBRIA

ESCENA CUARTA

La galería del Cristo. Los retratos en las paredes se repiten; son los mismos: los hombres de las caras pálidas y las condecoraciones, las damas de senos hundidos bajo los corpiños prietos y los finos cuellos de cisnes. Ventanas al jardín. Lejos, el llano verde y florido de los cercados. SALVADORA y GERTRUDIS, entrelazadas por los débiles brazos, medrosas de juntarse mucho, contemplan las luces del ocaso sobre el monte.

SALVADORA

¡Qué será de nosotros...!

GERTRUDIS

¿Qué tienes? ¡Qué va a ser! Pero me das dolor cuando te oigo angustiada. Yo no tengo dolor sino cuando estoy contigo.

SALVADORA

Yo lo tengo también cuando te acercas, Gertrudis. Es que solas parece que se nos olvida todo. Al vernos, todo lo sabemos. Yo en tus ojos, tú en los míos...

JORNADA SEGUNDA. ESCENA IV

GERTRUDIS

No pienses cosas tristes, Salvadora. ¿Por qué ha de ser así como tú piensas y no como ha de ser?

SALVADORA

¡Lo que ha de ser! ¿Qué sabemos? Lázaro huyó, créelo. Todos huirán.

GERTRUDIS

No, Salvadora, ¿por qué habían de huir?
¿Tan malas estamos...?

SALVADORA

Eres como una niña pequeña que nada sabe. Nada sospechas. ¿No ves nada?
¡Señor! ¿No ves que nadie quiere venir?
¿Que todos nos abandonan...?

GERTRUDIS

Sí pienso, sí veo; pero no es tanto como tú te figuras... Hoy sufres mucho.

SALVADORA

Es que nada puede ser sereno en esta casa. Abuela también huye. Tiene miedo. Parece extraño, pero es así. Todas estamos

LA UMBRÍA

como amedrentadas... Yo no sé... En mi cabeza se agolpan las ideas, se alejan y vuelven. A veces se llena de pensamientos extraños mi cabeza, a veces se marcha todo... Mírame, Gertrudis. No sé. Parece que tú estás más pálida ahora... Mírame tú a mí.

Las hermanas acercan los rostros a las ventanas. La luz del ocaso ilumina débilmente los rostros doloridos. GERTRUDIS tiene entre sus manos la dorada cabeza de SALVADORA.

GERTRUDIS

Un poco más pálida. Pero es esta luz amarilla, que nos hace más pálidas.

SALVADORA

Mira en mis ojos. ¡Oh, cómo me duelen siempre! Parece que me los arrancan del pecho.

GERTRUDIS

Nada veo en ellos.

SALVADORA

Mira mucho tiempo, como si fueras a buscar algo dentro.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA IV

GERTRUDIS

No veo nada.

SALVADORA

¡No ves nada! ¿No ves que están como perdidos en el fondo? Así me parecieron cuando los vi en el espejo ayer, como si se hubieran caído en el agua y fueran poco a poco perdiendo el color. ¡Qué amargura, hermanita!

SALVADORA solloza. Una íntima desesperación la domina. Toda ella se mira con los ojos febriles, como si se sintiera desaparecer en la sombra. La hermana GERTRUDIS, amedrentada, la contempla sin comprender el secreto.

SALVADORA

¿Y mis manos? ¡Ves mis manos!

SALVADORA pone su mano sobre los cristales. Las manos se transparentan como la seda.

SALVADORA

¡Ya no son nada! Mira cómo la luz atraviesa mis manos...

LA UMBRIA

GERTRUDIS

Todas las manos son así. Mira las mías...
No pienses locuras.

*SALVADORA se queda de pronto pensativa. Los ojos de GERTRUDIS espían absortos el alma de la hermana mayor. La cabeza de SALVADORA, ligeramente rueda sobre los hombros y se hunde en el pecho. Luego vuelve a erguirse, brillante, y las manos de la hermana se pierden desespe-
radas entre los cabellos de oro.*

GERTRUDIS

Horacio está en el Valle. Lo he visto pasar frente a la verja esta mañana.

SALVADORA

¡Oh, ahora me duele más el pecho...!
Decías. ¿Horacio? Sí. Lo sabía...

*Se detiene. Un brusco ale-
tazo del recuerdo la sacude.
Dos años de lejantía juvenil: las
horas de amor, alegres, las ho-
ras tristes, irrumpen fugitivas
en la memoria. El alma, un
instante, se purifica, y se llena
de una esperanza súbita. El co-*

JORNADA SEGUNDA. ESCENA IV

razón se estremece. Los ojos, nublados, buscan el llano remoto. Arrepentida, habla.

SALVADORA

¡Y qué importa ya! Todo acabó. No lo nombres más, que toda el alma se escalo-
fría y tiembla cuando viene un pensamien-
to que me persigue. Él se irá lejos. Cuan-
do vuelva, no me hallará.

GERTRUDIS

Lo quieres aún. ¿Por qué tiemblas?

SALVADORA

Ya no lo quiero. No podía ser. Nadie
en la casa quería, y yo, como siempre, me
sometí resignada... ¿Y ahora para qué?

GERTRUDIS

Ahora, ahora, ¡nos hubiera acompa-
ñado! Era bueno.

SALVADORA

Bueno, sí...

GERTRUDIS

Te quería mucho...

LA UMBRIA

SALVADORA

Sí, parecía quererme...

GERTRUDIS

Ahora hubiera estado en casa...

SALVADORA

¡En casa no...!

GERTRUDIS

¿Por qué?

SALVADORA

En otra casa... en la suya... Yo con él...

GERTRUDIS

Yo me hubiera ido contigo...

SALVADORA

¡Calla...! ¿Por qué me dices nada? Yo te oía, te oía... dulcemente, como si fuera verdad todo. ¡Calla! ¡Déjalo ya...!

GERTRUDIS

¡No sabes vivir! Tu corazón es como una espiga.

JORNADA SEGUNDA ESCENA IV

SALVADORA

¿Sientes tú el alma con fuerzas para la vida...?

GERTRUDIS

Sí, hermanita...

SALVADORA

Yo no. Yo no tengo salud. Ahora parece que me corvan la espalda poco a poco.

Silencio. Los ojos de SALVADORA se detienen en el Cristo. El Cristo aparece retorcido, sangriento, en la cruz. Es un Cristo lleno de crueldad, como vengador y terrible. El artista lo ha desfigurado de tal modo, que parece que lo talló iracundo. Es una trágica escultura bizantina. Un antepasado de la casa, que era tullido de las piernas, modeló la figura del Galileo cuando sus años bordeaban el sepulcro. Las manos enfermas parece que se ensañaron en el cuerpecito del Dios y que está todo él labrado con rabia funesta. El pie de la cruz, roto en astillas, cuentan que lo quebraron las manos del artista en la agonía: la última crispadura de

LA UMBRIA

las manos truncaron el madero, quedando allí como una fija mirada de odio la huella sangrienta. SALVADORA tiembla ante el Cristo. Las sombras del ocaso, el aromático olor que llega del llano, envuelven la tibia figura de la hermana y la ciegan y la desvanecen. Hay un remoto sonar de campanas.

SALVADORA

¿Oyes? Las campanas. Si no estuvieran tan lejos diría que eran las de Tirma.

GERTRUDIS

Yo no las oigo. Serán acaso las del Valle. Pero yo no oigo nada.

SALVADORA

Escucha. ¿De verdad, no oyes?

GERTRUDIS

No oigo nada. No son campanas. Es el rumor de los árboles...

SALVADORA

Sí, son campanas...

JORNADA SEGUNDA. ESCENA IV

GERTRUDIS

Pero las campanas están lejos. ¡Y la oración sonó! ¡No son campanas!

SALVADORA

¡Sí, sí son! Y es como si martillearan en mi cabeza. ¿O es que nada siento y lo que suena dentro de mi cabeza es el dolor...?

GERTRUDIS

No oigo nada...

SALVADORA

Yo oigo más cada vez. Ahora son muchas, muchas...

GERTRUDIS

No tiembles, hermanita. Serán las del Valle. ¡Sí...! ¡Son las del Valle! ¡Ya las oigo...!

SALVADORA

¡Las oyes al fin...!

SALVADORA, súbitamente anhelosa, cercada de sombras y de rumores hondos, habla. El alma la sacude en el silencio, como si agítara, febril, una campana agrietada.

LA UMBRIA

SALVADORA

¡Las oyes al fin...!

GERTRUDIS

Sí las oigo...

SALVADORA entreabre los labios, que son como de yeso helado, y las palabras surgen del fondo del espíritu. Su espíritu está lejos. El rumor sale a pedazos, como un eco milenario olvidado en el camino y que de pronto sonara agónico y disperso en el viento.

SALVADORA

¡Hermanita querida! La noche se acerca. ¿Qué va a ser de nosotras esta noche, y todas las demás noches? Se juntarán una tras otras y cubrirán los días. ¡Serán como una sola noche eterna...!

Silencio. MARTA llega corriendo desesperada por la galería. Los ojos nublados de lágrimas, la voz turbada de angustia. SALVADORA y GERTRUDIS acuden a ella. En la puerta se detienen apresadas por un miedo repentino.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA IV

SALVADORA

¡Marta, ya anochece...! ¿Qué tienes que lloras...?

GERTRUDIS

¡Dí, Marta! ¿Por qué lloras...?

MARTA

¡Venid, venid, por Dios, y no digáis nada. El niño se muere... Está muy malito... Ha vuelto del jardín destrozado.

El cuerpo de la hermana SALVADORA vuelve a temblar estremecido. El corazón le lucha con desesperado dolor. No quiere preguntar. GERTRUDIS, como una niña asustada, calla. SALVADORA quiere hablar y no puede. Abre los ojos, cegados de sueño y de fatiga, y los labios descoloridos dejan salir la voz, que gime envuelta en un sollozo.

SALVADORA

¿Qué tiene, que tiene Gabriel?...

MARTA

¡Sangre! ¡Está arrojando sangre por la boca, hermanitas...!

LA UMBRÍA

El viento empuja los cristales. Las hermanas, indecisas, se miran de soslayo. Rumores sordos de voces en el camino. El perro, en el jardín, huella las hojas secas. Y, de pronto, el viento cesa, el rumor del camino se apaga.

Un silencio brusco, profundo, cae como una mortaja sobre LA UMBRÍA. Las manos del silencio empuñan misteriosas la vieja quinta, y todo sonido humano muere súbitamente entre la mano invisible que lo oprime.

ESCENA QUINTA

Un camino. Uno de esos húmedos caminos de los pueblos, por los que siempre cruza una vieja que recoge del suelo miserias: el camino de la montaña o el camino del cementerio. EL SILENCIO DE LA UMBRÍA viene por el camino. Es un viejecito pulcro, vestido de negro.

EL SILENCIO

El viento me había empujado hasta el fondo de estos valles. El viento del mar. Mas se acerca la noche y el viento se aleja. Habrá luna; el viento se va para que

JORNADA SEGUNDA. ESCENA V

haya luna. Así podré portarme más silencioso. En la casa me oirán claramente. Los agudos oídos de aquella vieja infantil, los blancos corazones de las tres niñas podrán sentir la lejanía del monte y del mar esta noche. Yo soy el silencio de LA UMBRÍA. Cuando yo llego todo rumor estrepitoso se apaga, mas se percibe el más recatado rumor. La vieja oye hilar la sombra. La sombra es un telar invisible donde yo voy hilando una sola hora que se prolonga eterna ante los ojos humanos. Cuando yo tejo esta hora infinita la memoria se inunda de mí ; todo lo presente se olvida, lo pasado se revive. Esta noche me extenderé como un velo sobre LA UMBRÍA. Otro día, cercano está ese día, me hundiré al amanecer en unos ojos infantiles. Todos los ojos son infantiles para el silencio. Yo soy como un espadín de otro invisible que se clava en todas las cosas de amor. Yo taladro, como un rayo sigiloso y artero, la tierra de Dios. En lo más hondo de la tierra, más allá del fondo del mar y de los sepulcros, yo mismo no acierto a comprender mi poder.

*El SEÑOR DONATO el
buen vecino del valle, cabalga
a lomos de una mula blanca y
achacosa. Es un anciano gallar-*

LA UMBRÍA

do y nobilísimo que sabe remediar las miserias aldeanas y consolar las aflicciones.

EL SEÑOR DONATO

El viento se ha parado súbitamente como un caballo ante un precipicio. Las voces lejanas de las vecinas del Valle llegan hasta aquí. ¡Qué silencio más hondo me rodea!

EL SEÑOR DONATO se pone su diestra de pantalla en los ojos y mira la lejanía del pueblo. La mano se extiende firme y velluda sobre los ojos. Los ojos, protegidos, se acercan a LA UMBRÍA.

EL SEÑOR DONATO

¡Allí está LA UMBRÍA! Desde esta altura parece un nicho de cementerio cubierto de ramas.

EL SILENCIO

He aquí a mi más discreto amigo, el hombre de la paz y de la meditación. El hombre que se guarece en su choza y extiende sobre mí todos sus pensamientos serenos.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA V

EL SEÑOR DONATO

¡ Hermoso silencio ! La noche será propicia a la paz...

EL SILENCIO

El viajero me siente inundar su alma.
¡ Oh, qué dulce reposo se percibe en el lecho de su alma !

*El coro de las aldeanas. Son mozas bravías y viejas sarmen-
tosas. Vienen descalzas y lle-
van sayas de estameña roja.
Traen cestas de ropa a la ca-
beza y balayos de fruta en los
brazos.*

EL CORO

— ¡ El Señor Donato cruza el camino... !
— ¡ En su mula blanca viene... !
— ¡ Hombre más bueno no lo hizo Dios... !
— ¡ Para mí le hubiera querido yo de padre !
— ¡ Es como un padre de todos ! Con-
formado y generoso...

EL SEÑOR DONATO

¿ Qué ruta llevan las mozas y las viejas del Valle ? ¿ De dónde vienen ?

LA UMBRÍA

EL CORO

Venimos de Tirma, de la labor del día.

UNA MUJER

Vamos a la cena, que los hombres aguardan...

EL SEÑOR DONATO

¡Ana María, he visto a tu hija Sagrario tan famosa, en la plaza Real...!

EL CORO

¡La hija de esta mujer se va a maleficar por ambiciosa...!

ANA MARÍA

Es caridad, porque ninguna quiso ir. Y las que estuvieron antes huyeron como malditas..

EL CORO

—La que va a LA UMBRÍA se muere. La vieja les hace mal de ojos. Y el mal está también en los sótanos escondido.

—Las tres niñas y el niño están maleficados... ¡Huir de allí es sano...!

JORNADA SEGUNDA. ESCENA V

ANA MARÍA

Pues mi hija fué por caridad, por esa caridad que vosotras no tenéis.

EL CORO

Mentirosa eres ; porque os pagan salarios codiciosos mandaste a tu hija. Dios quiera que no pagues tú mal la ambición, Ana María. Mira la Isabel, que se ganó el mal por su gusto.

ANA MARÍA

El mal de la Isabel era del padre, que lo trajo de las Indias...

EL SEÑOR DONATO

¡ Callad, callad, y no seáis alborotadoras ! Por todo ha ido ; por caridad y porque os pagan. Ana María es pobre y tiene muchos hijos y un marido baldado.

EL CORO

¡ Los hijos los verá ! ¡ Sabe Dios cómo los verá... !

ANA MARÍA

¡ No maldigáis de Dios, que los males vienen escondidos sin saberse y que a ve-

LA UMBRÍA

ces los que semejan buenos son los más castigados!

UNA MUJER

¡Sangre de tu hija has de ver corriendo a tus pies...!

OTRA MUJER

¡A chorros por la boca, la Isabel la suelta!

ANA MARÍA

¡Maldecías! Mejor os callarais, que la mala sangre es la vostra, que es de las entrañas negras que tenéis.

OTRA MUJER

¡Ambición se necesita para malograr la moza!

EL SEÑOR DONATO

¡Idos, idos, hijas de Dios, que todo tiene su razón en la vida! Hasta los malos tienen razón porque se sienten malos, y ellos acaso no quisieran serlo.

EL CORO

¡Dios le guarde a su merced, señor Donato...!

JORNADA SEGUNDA. ESCENA VI

EL SEÑOR DONATO

¡Dios os guarde a vosotras, que es más necesario...!

El coro se aleja supersticioso, bullidor y pintoresco. El SEÑOR DONATO espolea la mula y desaparece por una revuelta del camino. EL SILENCIO DE LA UMBRÍA, que se habla ocultado entre las piedras de la montaña, renueva la marcha en el sendero.

EL SILENCIO

Estas infernales aldeanas, con sus gritos salvajes, me acorralaron en una cueva. Yo, nada puedo hacer entre mujeres.

Todo calla. Llega la noche.

ESCENA SEXTA

Media noche avanzada. Los prados del Valle, iluminados de luna, recogen el silencio, como rocío del sueño. Las bravas cresterías de los montes brillan a lo lejos, verdecidas de pinos. Sana humedad de otoño. Aromas de eucaliptus en el jardín. Quietud misteriosa de noche marina.

LA UMBRIA

El mar, calla. La luna se aparta del mar y camina hacia las montañas de Tirma.

En la alcoba de Salvadora, estancia amplia sobre el jardín. El ventanal, abierto. Las puertas, que conducen a los otros dormitorios, abiertas también. El silencio entra por las ventanas, cruza las puertas y se extiende sobre los lechos, como un velo diáfano y sutil.

La alcoba, blanqueada por la luz de la luna, está como desamparada. El lecho luce en mitad de la cámara. Es una de esas antiguas camas de nogal que suelen verse en las viejas casas de la isla, con cuatro pilares salomónicos, que sostienen la alta techumbre, festoneada de guardamalletas de terciopelo azul. Sobre la cama, una colcha de encaje amarillento tejida en la casa por las manos muertas, que parecen haber dejado entre las mallas del tejido una huella de aroma frío y enfermo. Un tocador de vieja caoba, faldeado de damasco áureo, se ve en la penumbra de la cámara. La luna se refleja sobre un viejo espejo de orla tallada. Sobre el tocador, dos candelabros de plata vieja y oxidada, aquellos candelabros que traían de Bretaña los antiguos marinos insulares, y que sólo se utilizan en las ermitas de los pueblos los santos días de fiesta. Junto al tocador, en un marco carcomido, hay una vieja copia de *La Madonna delle Frute*, de Crivelli.

MARTA y SALVADORA, las dos hermanas, hablan suspirantes y quedas, junto al ventanal. Las voces suenan asustadas, y el recuerdo está como arrinconado adrede en la memoria. Envueltas en largos abrigos de pieles las dos cabezas resurgen, mates como marfil. Los ojos de las muchachas alumbran como luciérnagas. La noche y las almas sueñan.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA VI

SALVADORA

¿ Dormiré ?

MARTA

Ya no se le oye quejar.

SALVADORA

Hoy no ha sido mucho. ¡ Pero mañana !

MARTA

No le dejaremos salir más, hasta que no se ponga bueno. Acaso abuela tenga razón.

SALVADORA

Todos tendrán razón un día. Ya verás, Marta. Abuela duerme, ¿ verdad ? ¿ Y Gertrudis... ?

MARTA

Abuela duerme. Nada pareció importarle. Se asustó un poco... Después...

SALVADORA

Gertrudis se fué también.

MARTA

¡ Tenía sueño la pobre ! Yo también tengo sueño y fatiga.

LA UMBRÍA

SALVADORA

Vete. Yo velaré sola...

MARTA

Mañana habrá que buscar una sierva. Tú no puedes, yo tampoco puedo...

SALVADORA

Yo no puedo dormir. ¿Para qué, si ya estoy como dormida?

MARTA

Pero el niño se alivió, mujer. Casi no fué nada. Tranquilo se quedó después. No hará falta cuidar más. Las puertas quedarán abiertas por si es necesario.

SALVADORA

Es que quieres irte. Vete. Yo velaré sola.

Silencio. La hermana vuelve su espíritu hacia el llano iluminado. Los ojos se detienen sobre la montaña y estallan de dolor. Con romántica fatiga, cruza las manos sobre el pecho. El calor cordial de las manos enciende de nuevo las palabras, que se elevan sollozantes.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA VI

SALVADORA

¡Qué extraño es todo! Parecemos achar asustadas. No hacemos más que oír el silencio...

MARTA

Yo no sé, Salvadora. Yo no sé ya lo que quiero ni lo que escucho. Me das miedo.

SALVADORA

¡Si el niño se muriera...! ¡Oh, Dios mío! ¿No piensas en esto? El niño está muy malo, Marta. Nadie nos quiere ya... ¿Tú no lo ves así, muchacha...?

MARTA

¡Qué vamos a hacer! Si fuera cierto...

SALVADORA

Lo es.

MARTA

Si fuera cierto habría que tener resignación.

La hermana se aparta del ventanal. Un ronquido doloroso viene del dormitorio del

LA UMBRÍA

niño. SALVADORA se acerca y escucha, sin atreverse a entrar.

SALVADORA

Duerme agitado...

MARTA se estremece. Una brisa ligera agita la colcha del lecho. MARTA se acoge al abrigo del lecho, cerrando los ojos. SALVADORA, desvanecida de sueño y de fatiga, se apoya en el marco de la puerta.

MARTA

Cierra la ventana...

SALVADORA

El médico dijo que la dejáramos abierta.

MARTA

Pero hace frío.

SALVADORA

Ve a dormir. Quieres irte. Yo aguardaré. Si el niño no despierta me acostaré también...

JORNADA SEGUNDA. ESCENA VI

MARTA

Me das miedo, Salvadora... Tu voz está llena de miedo...

Vuelve al ventanal SALVADORA. Abre los ojos a la luna. La luna, inmóvil, diluye su luz sobre las pupilas suplicantes de la hermana.

SALVADORA

La luna también parece que nos abandona y se aleja... No puedo llorar...

MARTA

¡ Salvadora, hermanita, calla ! Parece que hablas dormida como una sonámbula.

SALVADORA

Lo que parece es que una mano silenciosa nos disgrega en la sombra la vida, Marta...

MARTA

Mis ojos no aguantan más. Tengo sueño, pero no sé si es sueño o miedo. No digas nada...

LA UMBRIA

SALVADORA

Mis ojos también hacen un esfuerzo enorme por cerrarse. Acaso si no tuvieran esta noche la luz de la luna se cerrarían para siempre.

MARTA

Hermana, hermanita, ¿qué tienes? ¿Por qué hablas así esta noche...? Yo comprendo que es amargo el dolor nuestro, pero ¡qué vamos a hacer!

SALVADORA

Es que no me siento... ¡Mira! ¡Mira la luz sobre el mar...!

MARTA

Será el sol. Amanece. Ha pasado la noche sin saber nosotras que ha pasado...

SALVADORA

Sonríe amargamente. Habla sombría y angustiada.

No es la luz del sol. Son nuestros ojos... que tienen más luz cada día. La luz se extiende, se alarga hasta el horizonte del mar y lo ilumina...

JORNADA SEGUNDA. ESCENA VI

MARTA

¡Calla, calla!

La hermana SALVADORA no la oye; está como diluida en un sueño. La voz es trémula y apagada. MARTA, llorosa, inclina la cabeza sobre la almohada. Lentamente, mientras la hermana murmura, MARTA va cerrando los ojos, vencidos por el sueño.

MARTA

¡Salvadora...!

SALVADORA

Nada es ajeno a mis oídos esta noche.
¡Oh, Dios mío! Oigo el rumor de los pinares de Tirma... Oiría roer los gusanos bajo la tierra...

MARTA

¡No digas nada, nada! ¡Qué espanto oírte!

Una pausa de silencio. MARTA se ha dormido. SALVADORA va hacia el cuarto del niño. Escucha un largo rato. Luego se acerca al viejo tocador. Junta su rostro al espejo y se con-

LA UMBRIA

templa, sonriendo a un recuerdo que escarba en su memoria. Canta lejos un gallo madrugador. Vuelve la hermana a la ventana, agitada y febril. La noche intensa y maravillosa le azota, brusca, el espíritu enfermo. El aroma de los eucaliptus le llega vivo a los labios, la brisa del amanecer sobre los dorados cabellos es un rocío amoroso. La muchacha, apresada por un espanto súbito, abre los brazos en el ventanal. Se ve diluir en la noche y quiere gritar; pero el grito no sale de sus labios, se ahoga al querer salir y le hincha el pecho en un sollozo apretado.

SALVADORA

¡ Dios mío... Dios mío !

Como un levísimo rumor de mariposas cruza el silencio. La tierra respira lentamente con un sueño reposado y bendito. Inmóvil, luminosa, la hermana clava sus ojos sobre el vigor de las montañas lejanas. Un sabor de humedad de jardín le moja los labios, y el hondo aroma de los nardos salvajes ábrele angustiosamente de par en par el corazón a la noche. Todo duerme.

JORNADA SEGUNDA. ESCENA VI

SALVADORA

¡Dios mío...! Yo no tengo vida... ¡Yo no tengo salud...!

La cabeza de la muchacha se dobla en el ventanal, desesperada, sobre los brazos, que se cruzan en el alféizar. Un sollozo continuo, monótono, deshecho. Nada se oye si no es el roce de la noche sobre los duros cabellos; la noche, que pasa y entra, pensativa y olorosa, en el claro sendero de la madrugada.

ACABA LA JORNADA SEGUNDA

J O R N A D A F I N A L

ESCENA PRIMERA

El comedor de la casa, uno de esos comedores insulares de balcón volado sobre el mar. En medio de la estancia roja, de un rojo oscuro y brillante, la larga mesa de tea tostada. Es la mesa familiar de la antigua familia, que se juntaba toda en la quinta los meses del estío. En la vieja casa, en el frío reposo de aquellas salas enormes, habían muerto todos, uno a uno, como sombras que se desvanecen al sol. Hoy, el comedor huele a humedad, a esa humedad cortante de las casas y los sepulcros que se abren después de muchos años cerrados. Es la estancia más sombría de la casa, llena de cosas viejas y diversas, inmóviles y cubiertas de polvo. Vajillas que no se utilizan, bandejas que decoran los foseiros de cuatro ángulos, esas antiguas bandejas de plomo, holandesas, que llegaron a la isla en días lejanos e ignorados. Incrustadas en los gruesos muros, como hornacinas conventuales, hay dos alacenas de nogal oscurecido, con cerrojos de hierro floreado. Pendiendo del techo, sobre la mesa, apagadas e inútiles, cuatro lámparas flamencas, de latón, profanamente esmaltadas, llenan la estan-

LA UMBRÍA

cia de olvido y de melancolía. La tristeza de las cosas que se pierden lejanamente, a donde no alcanza la memoria. Los cortinajes, de brocatel rojo, descoloridos y recubiertos de polvo viejo, que los hace más densos. La mesa, dispuesta para la cena, está alumbrada por un desgastado velón de Lucena, que agranda las sombras en la pared.

En derredor de la mesa, invisibles, los fantasmas de LA UMBRÍA: DOÑA MARÍA, DOÑA LUTGARDA, DOÑA EUSEBIA, DOÑA AMARANTA, DON JOSÉ LUIS, EL NIÑO CARLOS, LA NIÑA ELENA, DON JUAN PABLO, DON DÁMASO, DON OLEGARIO, DON HERMÓGENES, DON VICTORIO. Son doce fantasmas desiguales, anacrónicos, aquellos mismos hombres y aquellas mujeres de los retratos del salón y de la galería, abuelos muertos, acondicionados ya para el desconocido vagar nocturno.

Nada iguala a estos fantasmas si no es el azul verdinoso de los ojos, uniforme y brillante. Son los ojos de la anciana, los ojos de los hermanos, pero de más remota y firme mirada. Los fantasmas sonríen, desdeñosos, en su blancura lívida. En la galería, SAGRARIO, la doncella, hace sonar una campanilla de plata.

DOÑA MARÍA, el más hermoso de los fantasmas, hace como que bendice la mesa y murmura un extraño rezo. Los demás fantasmas acrecientan el murmullo.

DOÑA MARÍA

¡ Por las almas de los niños, y que al fin sea esta cena beneficiosa !

DON OLEGARIO

¡ Por el niño !

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

DOÑA AMARANTA

¡ Por todos los niños !

DOÑA LUTGARDA

Porque nos reconozcan luego y el que está en el mar huído y avergonzado pueda llegar con bien al puerto y retornar a LA UMBRIA para que el destino se cumpla.

Los doce fantasmas oran, abriendo unas bocas de abismo en cuyo fondo se ve un mar agrisado y quieto. SAGRARIO llega con una fuente humeante que deja en la mesa. Cesa el rumor de los fantasmas. SAGRARIO sale y hace sonar de nuevo la campana.

DOÑA MARÍA

¡ Los llaman ! No les dejaréis cenar.

DON OLEGARIO

Les taparemos las bocas.

DOÑA AMARANTA

Les oprimiremos el pecho.

LA UMBRÍA

DON OLEGARIO

Es necesario que el destino se cumpla.

DON JOSÉ LUIS

La más vieja es la más temerosa.

DOÑA LUTGARDA

Es la más niña.

DON JOSÉ LUIS

Jamás pensó que había de morirse. No ha sentido dolor jamás.

DON JUAN PABLO

Ha sido como los velludos sillones de LA UMBRÍA. Nada le ha tocado por fuera, más en las grietas de su alma se acurruca el polvo del germen.

DON OLEGARIO

Pero a los sillones los roe la carcoma.

DOÑA MARÍA

Mas la carcoma es una colaboradora premiosa. La carcoma tarda un siglo desde el espaldar a las patas,

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

DON JUAN PABLO

Entonces, nuestra amiga la muerte se ha cambiado carcoma en Demetria.

DOÑA AMARANTA

Es una muchacha. El espíritu se ha detenido dentro de la vieja caparazón. Demetria ha andado el camino por fuera. El alma no caminó. No cree que sus años han pasado; los surcos de su frente no los ve porque el alma se ha quedado pequeñita sin crecer en el pecho.

DON HERMÓGENES

Es como un arca hermética. El polvo la cubre, pero al alma, bien guardada, no llegó el polvo de los días. Cuando el arca se abra, el alma resurgirá como una vieja reliquia que el tiempo ha conservado.

DON DÁMASO

Como no desposó, los años se le alargan. Todos morirán primero.

DOÑA AMARANTA

Han muerto ya en otros días. Todas las mujeres de LA UMBRIA guardan en los senos unos hijos muertos...

LA UMBRIA

DON VICTORIO

El destino de la casa ha sido funesto y presuroso. Mas la muerte es mejor.

DON HERMÓGENES

Ellos no lo creen así. Pero no podrán salvar el corazón...

DOÑA AMARANTA

El corazón de la estirpe es un montón de necrófagos hambrientos.

Una tenaz idea se ha fijado en el fantasma infantil del niño CARLOS. La idea anhelosa de la espera.

EL NIÑO CARLOS

¿No vendrá pronto Gabriel?

LA NIÑA ELENA

¡Yo quiero que venga pronto!

DON OLEGARIO

Vendrá. Todos vendrán cotidianamente, como las horas.

JORNADA ULTIMA. ESCENA I

Suena otra vez la campana. Los fantasmas figuran una tos hueca, deforme. Parece una tos única las toses de todos los fantasmas. Seca y rápida y violenta después, hace como el golpe de una espada de acero que se suelta sobre el mármol de una mesa luego de unir la punta con la empuñadura. Es la galería resuena el eco de la tos fantasmal. Son los cuatro hermanos y la anciana, que se acercan y tosen también. Los fantasmas se apartan de la mesa, y la zalagarda de sus voces se torna viento agitado y espeso.

LOS FANTASMAS

¡ Ya vienen ! ¡ Ya vienen... !

Vuelven a sentarse. Se acomodan en las sillas preparadas. Los brazos, alargados, llegan de un extremo a otro de la mesa. En la puerta aparecen las cuatro figuras vivas: SALVADORA, MARTA, GERTRUDIS, GABRIEL y la anciana. El fantasma de DON OLEGARIO, desde su silla, acerca la mano abierta a las espaldas de la abuela y la atrae a sí. La vieja sufre un desvanecimiento momentáneo.

LA UMBRIA

DEMETRIA

¡Dios, me he desvanecido...!

GERTRUDIS

Hoy no has querido salir de la oscuridad de tu alcoba, y la luz desvanece si sale uno de pronto a ella...

DEMETRIA

Sentí como si una mano fría me empujara en las espaldas.

DONA MARÍA se levanta y conduce de la mano a SALVADORA, que palidece y tiembla.

SALVADORA

Hay alguna ventana abierta. Ahora he sentido yo frío en las manos.

DONA LUTGARDA clava sus ojos azules sobre el blando pecho de MARTA. Son dos clavos que lo atraviesan, derri-tiéndolo.

MARTA

A mí me duele el pecho. Es el aire. Ve un momento a la ventana, Gabriel, por si está abierta.

JORNADA ULTIMA. ESCENA I

GABRIEL llega al ventanal por entre los cortinajes, que sacuden el polvo. Las hermanas, lentamente, se van sentando en la mesa. El niño CARLOS corre junto a GABRIEL y se abraza a su cuello febril y estremecido. El cerco amoratado de los ojos del hermano se dilata. El pecho se hunde, y en un temblor desesperado se prende a los cortinajes. El niño CARLOS lo besa delirante en la frente, en los ojos, en la boca.

GABRIEL

Con un ronco temblor en la voz.

¿Qué es esto? Hace mucho frío. Un frío espantoso... ¡Y las vidrieras están cerradas! Yo tengo fiebre, Salvadora..., mira..., me arden los ojos y los labios.

DEMETRIA

Ven, hijo, siéntate y no digas disparates.. Será como el otro día, que después de tantos espavientos no fué nada. En cuanto comas se te quitará. Es debilidad lo que tienes... Este comedor ha sido también malo; yo quise mudarlo, pero claro, se opusieron porque yo lo quería...

LA UMBRÍA

El niño GABRIEL se acerca con el andar de una sombra. Las tres hermanas, paralizadas de pronto, no se atreven a separar las manos de la falda. La vieja DEMETRIA escudriña entre los pliegues de los cortinajes y aguza el oído como para escuchar el susurro de las voces ocultas.

DON OLEGARIO

Demetria nos escucha.

DON JOSÉ LUIS

Pero cree que es el viento. El oído bien aguzado para los ruidos hondos está. Mas no podrá atinar lo que es.

El niño CARLOS acerca al oído de GABRIEL los fríos labios fantasmales. Las hermanas, sorprendidas en el silencio tiemblan de sueño.

EL NIÑO CARLOS

Hermano, hermanito: Mejor es no llegar a hombres. Ahora que no sabes nada es más seguro y más dulce venir. La muerte no es sino un juguete enorme..., es un niño como nosotros. Nos esconderemos en las cuen-

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

cas cavadas, en la gruta sombría de la boca, como en la montaña los días felices... ¡Mejor es no llegar a hombres!

GABRIEL

¡Me zumban los oídos, Salvadora! Tengo frío...

SALVADORA

No será nada..., no será nada...

Ansiosa y tímida, consumida por la fiebre y el dolor, eleva suplicantes las manos. El fantasma de DOÑA AMARANTA cubre con su mano invisible de sombra la boca doliente de la hermana. La cabeza de la muchacha gira sobre los hombros y se troncha sobre el pecho.

SALVADORA

¡Oh, Señor! ¡Me hace daño todo esta noche! Ahora he sentido como vosotras. ¿Qué es esto...?

MARTA

Recemos...

GERTRUDIS

¡Rezar, no! Hablad alto.

LA UMBRIA

DEMETRIA

¡Cuánta palabra, hijas! Comed. Estáis débiles... Si seguís así... no sé...

La niña ELENA besa la boca de GERTRUDIS, la boca de los labios contralidos y violáceos, de un violeta cuajado de muerte. El beso del fantasma es taladrante, frío...

GERTRUDIS

¡Ah! Sentí un temblor raro en mis labios.

SALVADORA

¿Vosotras no tenéis miedo?

GERTRUDIS

¡La abuela, tan callada comiendo, me da más miedo...!

La vieja cena pausada, atenta al terco rumor de los fantasmas. Está como adormecida entre el rumor. Oye las palabras de GERTRUDIS y se yergue de pronto con un gesto vago.

DEMETRIA

Yo..., yo te doy miedo. Lo que me faltaba oír después de tanta amargura...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

GERTRUDIS

No quieres abrir la casa... Parece que te gozas en encerrarnos en la sombra. ¿Por qué no abrimos la casa y la llenamos de sol siempre... ?

DEMETRIA

¡Abrir! Es peor. Este es un pueblo sucio y se llenaría de polvo la casa, y entonces sí...

DON JOSÉ LUIS entierra sus largos dedos en la clara cabellera de GERTRUDIS. El silencio enervante se extiende y envuelve más las figuras, como las sombras. Las hermanas, adormidas, esparcen sus miradas sobre los cortinajes del ventanal. Los brazos exangües están caídos sobre las faldas. Los fantasmas callan, sonrientes, y la luz de todos los ojos muertos se siembra sobre el niño GABRIEL, que, palideciendo de pronto, hunde la cabeza en el pecho, respirando agitado. SALVADORA se vuelve.

SALVADORA

¡Oh, el niño duerme... ?

LA UMBRIA

MARTA

No sé... ¿Qué es... ?

GERTRUDIS

¡Gabriel... !

SAGRARIO, la doncella, camina con un andar hurao y leve, como si temiera turbar el silencio. La vieja, distraida, sigue cenando lentamente.

GERTRUDIS

El niño duerme... Despertarlo.

SALVADORA

¡No, no duerme ! Esto no es un sueño.

El fantasma de DON JUAN PABLO sonrie bajo su corva nariz y acaricia la barba de SAGRARIO, como una amenaza sutil. Es un viejo lúbrico y costroso. La doncella siente el roce de la mano fantasmal y deja caer, en un temblor de aldeana, la fuente, que se rompe en el suelo con un infernal estrépito. La vieja se vuelve, iracunda. Las hermanas se levantan estremecidas.

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

DEMETRIA

¡ Parece que vas dormida ! ¡ Recoge ese plato... !

SAGRARIO

¡ Jesús ! Sentí que me cruzaban la cara de repente.

Nadie responde. Hay otra pausa de silencioso terror. Las figuras de las hermanas, en pie. No han probado las viandas. Se vuelven hacia el niño, aturcidas y demacradas, mientras SAGRARIO, repuesta del susto recoge del suelo los pedazos de la fuente rota. Las figuras, desconcertadas y pavorosas, se miran sin comprender todavía.

SALVADORA

¡ El niño no duerme ! ¿ Qué tendrá el hermano ?

MARTA

Está como la otra vez...

GERTRUDIS

¡ La otra vez no fué así !

LA UMBRIA

La vieja cesa de yantar. Ha engullido los manjares, lenta, con el movimiento tardo y monótono de un péndulo. Parece no haber oído las palabras. El oído se le estiliza esta noche terrible, hasta el infinito, y no percibe sino los murmullos lejanos.

SALVADORA

Abuela, ¿no oyes? El niño no duerme...
¡El niño está enfermo otra vez! ¡Dios mío...! ¡Gabriel, hermanito...!

Junta su dorada cabeza sobre el pecho del niño, que tiene un respirar más agitado y ronco. Los fantasmas sonríen. SAGRARIO, detenida entre los cortinajes, palidece, sin atreverse a andar.

MARTA

¡Abuela...!

DEMETRIA

Hay que buscar el médico. Hay que llevar el niño a su cuarto. ¿Qué pensais?

Lo dice con miedo, temblorosa como una niña.

JORNADA ULTIMA. ESCENA I

MARTA

¡Qué sueño más extraño!

SALVADORA

¡Es algo más que un sueño...!

Las hermanas, llorosas, contemplan indecisas al hermano.

GERTRUDIS

¡No, no despierta...!

SALVADORA

¿Despertará más...?

Sigue otra pausa. La vieja se levanta y se aparta en la sombra.

SALVADORA

Abuela, ¿por qué no vienes? ¿Es que no oyes?

DEMETRIA

Mandad por el médico...

SALVADORA

¿Qué será, Dios mío?

LA UMBRIA

Retuerce las manos azuladas y tristes. Los labios sonríen extraños, destilando amargura.

SALVADORA

¡ Jesús mío ! ¿ Por qué eres así ? ¿ Qué brazos nos detienen ? ¿ Qué manos nos cierran los ojos ?

MARTA y GERTRUDIS, suspirantes, posan los ojos sobre SALVADORA en una muda súplica.

MARTA

¿ Qué hacer ?

SALVADORA

¡ Llevarlo a su lecho ! ¿ Gabriel, niño mío qué tienes... ?

La voz de la hermana es sollozante y turbia. Luego se derrumba extenuada la muchacha en la silla, y las hermanas acuden. SAGRARIO se acerca también. Los fantasmas, acorralados entre los cortinaies, sonríen. El niño GABRIEL no despierta

SALVADORA

¿ Qué es esto ? ¡ Oh, no es lo mismo que tenía ! ¡ No..., no es lo mismo...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

MARTA

¡Llamad! ¡Llamad...!

GERTRUDIS

¡Abrid la ventana...!

Los fantasmas se deslizan entre las hermanas. La vieja DEMETRIA desaparece cautelosa por la puerta de la galería. SAGRARIO se acerca al ventanal para abrirlo. Los fantasmas se espesan y desdoblan unos tras otros. La luz de velón oscila.

SAGRARIO

¡Llamaré..., llamaré...!

SALVADORA gime con acento helado y hace esfuerzos por erguirse en la silla.

SALVADORA

¡No, no abras...! ¡No llames...! Yo no tengo nada... Es el niño..., es el niño...

Abre los verdes ojos y envuelve a las hermanas en una mirada caliente y luminosa.

LA UMBRIA

SALVADORA

¡Miradle la boca! Ved cómo no puede abrirla...

GERTRUDIS

¡No es lo mismo..., no es..., no es...!

SALVADORA

¡El niño no despierta...!

Todas las manos, pálidas, se detienen a un tiempo sobre la frente de GABRIEL, que arde como una llama. Las hermanas, al sentir el ardor, retiran súbitamente las manos.

SALVADORA

Arde, ¿verdad? Llevemos al niño... Llévadlo vosotras... Yo no tendría fuerzas... Sagrario os ayudará...

La doncella se estremece al oír las palabras de SALVADORA. Ocúltase entre los cortinajes de la puerta y se evade llena de susto por la puerta de la galería. Las tres hermanas, inclinadas sobre el niño enfermo, no la han visto salir. Están incrustadas en un lejano horizonte silencioso. Ante el cuerpo febril, tembloroso, del

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

muchacho, los ojos se les nublan de lágrimas y de dolor. No aciertan el momento. Diferente acordadura las separa, pero en los corazones rompe, violentamente, el fatal presentimiento. Quieren hurtarlo, escudriñando en la sombra otro horizonte para los ojos, que apartan para no mirarse. Por la niebla de sus almas los fantasmas de LA UMBRIA vuelan. El silencio se alarga infinito, y, al fin, las despierta el silencio.

SALVADORA

¿ Pero no vais... ?

MARTA

¡ La abuela no está !

GERTRUDIS

¡ Sagrario no está tampoco !

MARTA

¿ Qué es esto, Dios mío ? Parece que todos se alejan...

SALVADORA

¡ Es que huyen ! ¿ Veis, al fin, cómo huyen de nosotras... ?

LA UMBRIA

MARTA

¿Qué hacer, hermanas...?

SALVADORA

¿Qué hacer...! ¿Qué hacer ahora con este niño que se muere? Yo oí decir que los niños como Gabriel se mueren de este modo tan espantoso... mirad... mirad... Cómo eriza las manos. ¡Mirad el cuello rígido! ¡Mirad cómo quiere hablar y no puede! Y ese grito sordo, agudo, que suena... qué sé yo... como debajo de la tierra... Es un quejido roto..., como si estuviera apunado... ¡Oh, miradle los ojos...!

MARTA

Llevémosle.

GERTRUDIS

¿Cómo podremos...?

SALVADORA

¡Traed una manta...!

GERTRUDIS

¿De dónde le traemos? Yo no atravieso sola las galerías. Llamad a Sagrario.

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

SALVADORA

No vendrá... ¿No sabéis que no viene nadie...? No gritéis tampoco... La voz me hiere el alma...

MARTA

¡Una manta! Traedla. Tiembla el niño.

El muchacho abre los labios y nombra a la hermana SALVADORA. El nombre brota anublado y lento, partido y lejano. Las manos del niño, crispadas, parecen sujetarse a unos cabellos invisibles.

SALVADORA

¡El niño se muere! ¿No lo veis? ¡Esta sí es la muerte! ¿Qué hacer... Dios mío...? ¡Id por la manta...!

Indecisas de espanto no se atreven a salir. Ninguna irá por la manta que ha de abrigar el cuerpo aterido. La galería se prolonga en la sombra. Los fantasmas, rígidos, estirados, ante el ventanal, enseñan sus bocas, donde flota una sonrisa inmóvil y negra.

MARTA

¡Una manta, por Dios...!

LA UMBRÍA

*Esparce las miradas por el
comedor, como si pudiera ha-
llar cerca la manta, sin apar-
tarse del hermano.*

MARTA

¡Vamos juntas a buscarla!

SALVADORA

¿Dejaremos solo al niño? ¡No es posi-
ble dejarlo solo...!

MARTA

Iremos dos. Yo iré contigo, Gertrudis.

SALVADORA

¡No! ¡Nunca! ¡No me dejéis sola...!

*Yérguese, trágica y obstinada.
El acento de su voz se congela.
La mirada se cuaja, espantosa.*

MARTA

Llevarlo así no podemos. Hay que abri-
garlo bien. Y yo sola no voy.

SALVADORA

¡Vedlo! ¡vedlo...! ¿No quiere ir una?

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

Como su hermana, escudriña en la sombra. Busca en el aire un manto milagroso. El muchacho tiembla.

SALVADORA

¡Se muere..., se muere...! ¡No habrá tiempo de salvarlo...!

MARTA

Ve tú.

SALVADORA

¡Oh, yo no! ¡Yo tengo más miedo que ninguna! ¡Ve tú, Gertrudis, que no tienes miedo...!

GERTRUDIS

¡Oh, sí tengo...! ¡Si César viniese!

MARTA

¡Llama a César! Está en el jardín.

SALVADORA

¡No! No llaméis desde aquí. Es mejor atravesar la galería... La voz no..., la voz no...

Sigue otra pausa. El pavor de las hermanas se intensifica. Aguardan, sin saber qué aguar-

LA UMBRIA

dan. El silencio y la sombra se espesan más.

MARTA

Yo le gritaré bajito... ¡ Si nos oyera el jardinero... !

SALVADORA

¡ No os acerquéis al ventanal ! El aire de la noche acecha...

Clama con más ahínco. Y los ojos, vibrantes de luz, se pierden en el ventanal, al través de los fantasmas. Los cortinajes, agitados por el viento sutil de la noche, que atraviesa las rendijas del vitral, la confortan súbitamente.

SALVADORA

¡ Oh, ya está la manta... !

Acércase medrosa al ventanal. Anda con las puntas de los pies. Se prende a los cortinajes y tira de ellos con vehemencia trágica. El viejo brocatesel se rasga en mitad. El polvo se esparce y la ciega.

SALVADORA

¡ Cubiertos de polvo están... ! Jamás los limpiaron...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA I

MARTA

¿Qué has hecho, muchacha...?

GERTRUDIS

¡Sacúdelos! ¡El polvo es más terrible que el aire...!

SALVADORA

Ya no importa..., ya no importa... El niño tiene frío... Se va a morir de frío... Vamos... vamos.

Silenciosas y confortadas envuelven al hermano en el roto cortinaje, sin saber lo que han hecho. Luego lo cargan, pesadas, con los brazos exangües.

SALVADORA

El niño, mi pobre niño... ¿Qué será ahora de nosotros...?

Lentamente, trabajosamente, avanzan hacia la puerta. SALVADORA, desesperada y livida, hunde los ojos incendiados de fiebre sobre el ventanal de la galería, que se abre frente a la llanura florecida. Los fantasmas siguen a las hermanas, sonriendo tenaces. SALVADORA

LA UMBRÍA

*reposa su mirada en el llano,
cubierto de luz lunar. Voces
perdidas en el camino. Después,
silencio, silencio, silencio.*

ESCENA SEGUNDA

Un sendero en el jardín. Los rosales llenan las verdes orillas. Una enredadera de campanillas azules trepa por la casa, cubriéndola. El jardinero fuma su pipa bajo los laureles. Es un hombre a la mitad de la vida, duro y fortalecido como un árbol. SAGRARIO, la doncella, en pie, llena de espanto contenido, mira silenciosa al jardinero, que esparce, pensativo, el humo de su pipa. Un largo silencio. Los árboles, llenos de pájaros dormidos, tienen un tranquilo rumor de brisa. El viento calla, sereno sobre el mar.

SAGRARIO

¡Ay, señor Cayo! Mi madre no sabe dónde me ha metido...

CAYO

Mejor te valiera marchar, que así te pones a salvo a tiempo.

SAGRARIO

Me asusta más el hombre. ¡Calle y dígame otra cosa! Penita y terror da ver-

JORNADA ULTIMA. ESCENA II

los... ¡Cómo se enfermó de repente el niño! ¡Y la señorita se desvaneció!, y la abuela se fué como siempre... Y yo tuve miedo... No lo pude atajar y corri... ¡Virgen de las Nievés y tú sabes que no es maldad...!

CAYO

Hiciste bien. Nada se remedia y el mal es traicionero.

SAGRARIO

Yo me voy..., yo no vuelvo más arriba.

CAYO

Ahora has de aguardar hasta mañana... Mala acción sería huirte ahora. Y una noche más, nada hace. ¿Dónde se fueron ellas...?

SAGRARIO

¡Y yo qué puedo decirle! Amoratada me quedé y entodavía estoy temblequeando.

CAYO

No se van a morir en una noche. Y ese es el peor mal. Que dura y mata al que se ajunta. Mal rayo lo hunda hasta el infierno...

LA UMBRIA

SAGRARIO

¿Es verdad lo que dicen de la Isabel?

CAYO

Verdad es por desgracia, moza.

SAGRARIO

¡Ay, señor Cayo! Yo no me quedo más aquí. Tengo pavura. Madre dice que el salario hace falta y que a nadie se le pega lo que Dios no quiere.

CAYO

¡Y quién sabe lo que quiere Dios...! Tu madre es una ambiciosa.

SAGRARIO

No lo diga. Hay que tener caridad... Pero yo no me quedo... Soy mocita aún... Si me acompaña...

CAYO

Por acompañarte no sea. Pero es mala acción...

JORNADA ULTIMA. ESCENA II

SAGRARIO

¡Si viera qué espanto da el verlas! La niña Salvadora me da a mí que lo sabe y se pone desesperada mirando siempre al mar y preguntando cosas desatinadas, como si estuviera esperando algo... Temblando como un gorrión está siempre... Parecen locos. No saben lo que hacen...

CAYO

La más sabida es la Salvadora... ¡Y cualquiera no va a saberlo, muriendo todos de lo mismo...!

SAGRARIO

Mas la vieja no le interesa... Esa sí que está loca. Ella sola ha comido esta noche. Las mozas no han probado el yantar. ¡La vieja, cómo comía! Parecióme que quería atajar la muerte comiendo... Y digo yo, ¿para qué querrá vivir tanto...?

CAYO

Es que la muerte nó tiene años, mozá. Mientras más viejos, más amamos la vida. ¡La costumbre! Pero tú, márchate. Tus menesteres los hará otra vieja... Yo no me voy porque nada puede tocarme.

LA UMBRÍA

SAGRARIO

Mas nadie quiere venir. ¡ Si viera cómo anda soliviantado el pueblo! ¡ Qué dolor, señor Cayo! Yo estoy siempre cómo atontada. ¡ Ah, pero ahora no aguardo más...!

CAYO

Dolor dan... Mas no hay remedio. Ya lo dijo el médico...

SAGRARIO

Anoche vino y no les recetó medicina. También pareceme que les tiene pavura y no quiere tocar ni el papel de la casa...

Silencio. La voz de la doncella tiembla y se apaga. La muchacha mira hacia la verja llena de inquietud. Las hojas de los árboles se estremecen. Unos pájaros vuelan.

SAGRARIO

¿ Oyó...?

CAYO

Nada oí.

SAGRARIO

Llamábanme...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA II

CAYO

No oí voz ninguna.

SAGRARIO

Parecióme... Y si me llaman, ¿qué hacer?

CAYO

Ve si te llaman. Es cristiano.

SAGRARIO

Y cómo voy a dormir con el niño enfermo... Peor se puso... Y de esta vez el mal se hinca...

Otro silencio. La doncella, amedrentada, se recoge junto a los laureles. Vuelve a mirar a la verja.

SAGRARIO

¿No oyó ahora...?

CAYO

Son pasos en el camino...

SAGRARIO

Viene de la casa el ruido... Me estarán buscandó... ¡Qué será del niño...!

LA UMBRIA

CAYO

¡Estás como atortolada, pánfila! ¡Despabilate y aguanta hasta mañana, que nadie te va a comer!

SAGRARIO

Lo dice porque no tiene que subir... Si tuviera que subir... ¡Si me llaman...!

Otro silencio. La doncella cruza sobre el halda las manos temblorosas. Luego se sienta en tierra, junto al jardinero. Una voz quejumbrosa suena en el camino.

SAGRARIO

Ahora sí han gritado...

CAYO

Es Bermudo el lazarino, que canta como todas las noches. Ahí tienes uno resignado con su mal.

SAGRARIO

¿Cuándo darán las ánimas...?

JORNADA ULTIMA. ESCENA II

CAYO

Ahorita las darán... Más te valiera ir en pos de Don Jenaro... Algo hay que hacer, mujer...

SAGRARIO

Me dió el ir... Mas él vendrá, que a las ánimas llega siempre...

CAYO

Con él subirás, porque tienes que subir.

SAGRARIO

Con él subiré.

Las palabras se cruzan desvanecidas en el aire. La doncella vuelve a mirar la verja. Aguza el oído como para escuchar el rumor que presiente en la casa. La casa, cubierta de luna, parece que sueña dormida. Un suave aroma de rosas se extiende por todo el jardín. De pronto la verja se abre, y la doncella da un salto, asustada, poniéndose en pie y acogiéndose al tronco del eucaliptus. El jardinero se estremece ligeramente. Por la vereda de los álamos se acerca DON JENARO, el médico del Valle de las Nie-

LA UMBRIA

ves. Es un hombrecito pequeño y sonrosado como una damisela, pero tiene ese aire inteligente y rebelde de los hombres que huyen de la ciudad y se acogen en los pueblos ocultos. Es una figurilla noble y distinguida; rudo de palabras, pero lleno de franqueza jovial. De gran ascendiente entre los aldeanos, a los que cura de gracia, ninguna cosa del Valle le es ajena y todos acatan sus mandatos con amor. Llega DON JENARO ayudado de su bastón de leña. Antes de llegar grita con una voz poderosa, inverosímil en aquella figura diminuta y fina.

DON JENARO

¡Qué haces aquí, SAGRARIO! Novelera, como tu madre; seguramente estarás hablando de moceos...

SAGRARIO

¡Ay, don Jenaro! ¡Si supiera! Aguardámosle, por si no venía ir en su busca.

DON JENARO

¿Pues qué ocurrió?

JORNADA ULTIMA. ESCENA II

SAGRARIO

¡ Ah, señor ! El niño se puso muy malito ahora...

DON JENARO

¿ Y aquí qué haces, pues... ? Nada necesitan de ti... ¿ Para qué les sirves entonces ?

SAGRARIO

Es que le contaba a Cayo...

CAYO

Me contaba, señor...

DON JENARO

Es que tenéis miedo, como los conejos. Pero nada se os pegará. El mal es demasiado fino para vosotros.

CAYO

¡ Siempre es el mismo... !

DON JENARO

¡ Voy a ser otro... ! Quisiera, sin embargo, serlo. Todos los días uno distinto. para cuando me tocara ser bandolero tener el alma bien curtida para abrir cabezas...

LA UMBRIA

SAGRARIO

¡Jesús, Señor...!

CAYO

El señor dice bien. La gente es mala.

DON JENARO

¿Mala? Mala es la cizaña. Los hombres son peores. Pero anda, Sagrario. Delante de mí para que enciendas. Veo la casa a oscuras y cerrada siempre. Nunca harán caso de mí...

SAGRARIO

Es la abuela, señor, que va cerrando detrás de uno cuando abre uno. Las niñas están como espantadas y no se dan razón de cosa alguna...

DON JENARO

Anda y no alegues. Y tú, Cayo, no te marches por si te necesito...

SAGRARIO se adelanta, dominada y temerosa. El jardinero entra rezongando en su garita. DON JENARO y la doncella llegan a las escaleras de

JORNADA ULTIMA. ESCENA II

la casa. CÉSAR le recibe en el umbral agitando alegre el plumacho de su cola.

DON JENARO

¡Oh, César! Ya me conoces bien. Eres, sin duda, la única persona decente del Valle y de la isla entera. Honorable y bello con tu rabo. Eres un ser libre.

SAGRARIO

¡Qué cosas le dice al perro, señor; como si lo entendiera!

DON JENARO

¿Crees tú que es el boticario? César me comprende. Escucha cómo ladra contestándome.

CÉSAR

Eres un romántico, Don Jenaro. Yo te quiero, porque curas a mi amita. Cuídala siempre... ¿La cuidarás, Don Jenaro...?

DON JENARO

¿Ves cómo contesta...? César, sé que has hablado; pero no entiendo tu alegre o tu triste ladrido. Pero seguramente no ha-

LA UMBRIA

brás dicho ninguna majadería como el boticario...

Entra en la vieja casa el médico, guiado por la doncella, que va encendiendo los cardiles. CAYO vuelve al jardín. CÉSAR vaga por los senderos de los álamos. En el cercano establo, las vacas elevan en el aire el mugido angustioso. Los doce fantasmas de LA UMBRIA se asoman en el ventanal del cuarto de GABRIEL, que se ilumina cuando la doncella y el médico llegan. Por las escaleras de piedra, ocultando su huida, desciende SALVADORA, livida, como otro fantasma, envuelta en un largo manto negro.

ESCENA TERCERA

El jardín, silencioso. CAYO, adormecido al pie de los laureles. SALVADORA, con los ojos extraviados y una mueca retorcida y amoratada en los labios. Huye de DON JENARO, sigilosa. Huye del gesto imperturbable y firme cuando el hombrecito pone sobre los blandos pechos de las tres hermanas su sedosa cabeza rebelde. La muchacha no quiere adivinar más, y, estremecida de terror, huye. En el umbral de la puerta araña la sombra

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA III

de los árboles con los ojos fulgurantes. El miedo la hace olvidar el miedo. Avanza después, demacrada y temblorosa, por los senderos del jardín, emblanquecidos de luna. DON OLEGARIO, el fantasma, la sujeta por los cabellos, que se han desatado en la fuga, al atravesar las galerías. La pipa del jardinero, dormido, cae al suelo, y figura un recio golpe en los oídos de la hermana. La muchacha cierra los ojos.

SALVADORA

¡Dios mío... Dios mío...! Ya no puedo más..., ya no puedo más... Esta sí que es la muerte... ¿Qué será de mí, aquí dentro...? Las hermanas no saben nada... Yo sí lo sé... ¡Oh, y ese hombre, ese hombre tan bueno, es el maldito oráculo...! Sus ojos lo dicen siempre cuando se los escudriño..., allá en el fondo... ¿Qué hacer? ¡Oh, mi cabeza se rompe! Huir..., huir... Mi hermano huyó... ¡Yo también huiré...!

Corre despavorida por el jardín, arropada en el manto. El perro la ve y acude a salvarla.

SALVADORA

¡César... César querido...!

El perro, de un salto, le pone las patas en el pecho. La hermana, tambalea.

LA UMBRIA

SALVADORA

Me haces daño... Vamos... Huyamos de esta casa... Mira, César: yo he pensado ahora una cosa terrible... ¡Ah, tantos días labrando, labrando... ; pero ahora es como si se me hubiera iluminado la razón súbitamente... ! Yo no tengo culpa... Vamos..., vamos...

*El perro ha visto al fantasma
y lanza un apagado ladrido.*

CÉSAR

Amita, ¿quién es ese que está detrás de ti, llevándote de los cabellos? Córtate los cabellos si quieres huir. ¡No podrás huir si no te cortas los cabellos!

*El fantasma suelta los cabellos
de la hermana y la ase de las manos.*

CÉSAR

¡Ya no son los cabellos! Ahora son las manos. No podrás librarte si no te cortas las manos...

SALVADORA

¡Calla! ¡Calla! Nos van a oír. Vamos a buscar el camino... ¡Oh, Dios mío! No me atrevo..., no... César... ¡César!

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA III

El fantasma suelta las manos de la hermana y acollara con sus dedos el cuello de SALVADORA.

CÉSAR

¡Amita, ya no son las manos! ¡Ahora es el cuello, el cuello querido! No podrás librarte de esa mano si no te cortas el cuello...

El fantasma suelta el cuello, y la mano de sombra se posa extendida como una araña inmensa sobre el pecho de la hermana.

CÉSAR

¡Ahora está la mano en el pecho! ¡Irás cortándote toda y siempre tendrá esa mano un lugar de donde asirte...!

SALVADORA no habla. Abrazada al cuello del perro, lo besa, con los labios dolorosos y húmedos. Ha sentido al fantasma, que la vuelve a coger de los cabellos.

SALVADORA

¡Piedad, Señor! Huyamos, César. Es preciso. Unas manos tiran de mí hacia dentro...

LA UMBRÍA

*Corre por el jardín buscando
la verja, despavorida y loca.*

SALVADORA

¿Dónde está la puerta? ¿No hay puertas ya...? ¿Será tarde mañana si no huímos ahora! Es necesario llegar antes del amanecer... ¿Pero las puertas han desaparecido? ¿Oh, no hay sino una pared negra, inmensa, ante mí...!

*El jardinero despierta al persistente aullido del Terranova,
que aumenta más recio.*

CAYO

¡Señorita! ¿Qué hace aquí? Le va a hacer daño la noche...

SALVADORA

La noche soy yo. Mi alma es la noche..

CAYO

Entre, entre en la casa...

SALVADORA, muda, petrificada, cubierta de luz lunar, parece muerta. El jardinero no se acerca a ella. Como un cristal, se rompería a pedazos entre las

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA III

manos del hombre. El perro, a los pies de la muchacha, murmura lentamente.

CAYO

Ya llegó Don Jenaro, señorita. Venga conmigo. Yo la llevaré... Entre detrás de mí...

Habla SALVADORA. Las palabras son apagadas, suplicantes, húmedas de dolor y obstinadas.

SALVADORA

No..., no... No quiero ir más... Llévame a tu casa, Cayo, si eres bueno... Yo callaré. Nadie sabrá que me has ocultado; pero esta noche, no; ¡aquí, no! Ten piedad de mí ¡No sabes el espanto que tienen los ojos de la muerte...!

CAYO

¿Está loca la señorita? ¿En mi casa? ¿Huir? ¿Adónde? Entre..., entre. ¡No puede ser!

SALVADORA

Dormiré allí hasta la media noche. Y a esa hora me despertarás. Tu casa es lejos

LA UMBRÍA

y nadie sospechará nada. Yo tengo un manto para abrigarme... Llévame, llévame... Si yo esta noche me quedo en la casa me moriré. Cayo... ¡No podré vivir hasta el alba si duermo en LA UMBRÍA! ¡Y el alba es mi única esperanza...!

CAYO

No puedo, señorita. ¿Qué dirán la señora y las hermanas...? Es una locura. No lo ha pensado... Cálmese, por Dios... Mañana estará tranquila... Ahora está como loca...

SALVADORA

No..., no... Llévame a tu casa. ¡Y si no quieres llevarme, me iré sola por esos caminos...! Tú callarás, ¿verdad? César será mi compañía...

Repite las palabras monótonamente, con el vago rumor de un viejo reloj de sonerías, uno de esos largos relojes de las galerías antiguas, labrados para no turbar el silencio, y cuya campana suena como dentro de una mano cerrada. El ventanal del cuarto del hermano se entreabre para que la cabeza del médico asome, buscando en las sombras. Las figuras del jardín se recatan detrás de los árboles.

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA III

DON JENARO

¡Cayo! ¿Estás ahí aún? ¡Sube pronto...! ¿La niña Salvadora está en el jardín...? Súbela también...

La muchacha, abrazada al tronco de un laurel, se cubre el rostro y los cabellos lucientes con el manto negro.

Pavorosamente gime al oído del jardinero. La cabeza del médico desaparece del ventanal.

SALVADORA

¡Di que no estoy...! ¡Que no sabes donde estoy...! ¡Ten piedad de mi angustia, Cayo...! ¡Por tus hijos, por tu mujer! ¡No digas que estoy aquí...! ¡Sube tú solo!

CAYO

¡Oh, señorita, sería mentir! ¿Y después...?

SALVADORA prosigue anhelosa. Suspirante, se acerca al jardinero, que se aparta.

SALVADORA

¡Qué importa! ¿No has mentido nunca...? Oh, por Dios, ¿qué quieres para callar...?

LA UMBRIA

Busca en la falda con las manos febriles. Saca del bolsillo un montón de joyas antiguas: esmeraldas, topacios, perlas, granates, en toscas monturas de plata. Monedas de oro viejas. Las ofrece al jardinero, que las rechaza con un mirar desconsolado y codicioso.

CAYO

¡Guárdelas, señorita...! Yo no quiero nada...; más quisiera dejarla marchar. Pero es una locura huir... ¿Dónde va con la noche húmeda, por esos caminos peligrosos...?

SALVADORA

¡Qué te importa, villano! ¡Qué te importa a ti mi vida o mi muerte! ¡Tus hijos, piensa en tus hijos nada más, y por ellos déjame huir sin decir nada! Sé bueno..., sé bueno, hombre... Ya ves lo poco que te cuesta ser bueno... ¡Callarte nada más...!

CAYO

¡Pero señorita, si es por su bien! ¿Dónde va a huir, si mañana la hallarán apenas despierten...? Piense que es una locura...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA III

SALVADORA

¡Tú qué sabes dónde iré...! Déjame y no digas nada... Sé bueno..., sé bueno...

Una pausa, llena de expectación angustiosa. La hermana suplica. El jardinero, indeciso, la contempla. Vencido de clemencia se resigna al fin. La angustia de los ojos luminosos le domina. Ve que la muchacha se acerca más, y se aparta, prometiendo el silencio.

CAYO

Seré bueno como quiere, aunque esto es ser malo. Pero la buscarán. No diga que yo la vi.

SALVADORA

No me buscarán. Les he engañado haciendo que me encerraba dentro de casa. Creerán que duermo. Todos están espantados y no se atreven a moverse. Me dejarán dormir...

En el ventanal asoma de nuevo la cabeza de DON JENARO. Vuelve a buscar en las sombras y suena violenta la voz en un mandato.

LA UMBRIA

DON JENARO

¡Cayo! Estoy aguardando que subas.
¿Has decidido no subir...?

CAYO

Ya oí al señor. Es que estoy arreglando los menesteres de la labor. Ya subo.

DON JENARO

¿Con quién hablabas? Me parecía que hablabas.

CAYO

No hablaba con nadie...

DON JENARO

¿Seguramente con alguna bruja que te protege?

CAYO

Es que..., que reñía al perro.

DON JENARO

¡Sube al perro!

La muchacha se abraza al perro, protegiéndose en él,

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA IV

SALVADORA

¡El perro, no! El perro irá conmigo...

*Entra en la casa el jardinero.
El ventanal se cierra.*

La hermana Salvadora aguarda un instante. Luego torna a buscar la verja. La noche, sobre los senderos del agro vecino, se hace más luminosa y cordial. El mar duerme.

Salvadora, cobijada en su manto, asida su mano del collar de CESAR, sale al camino. Consumida por el dolor, recibe la caricia de la noche, y sus labios sonríen con una sonrisa doliente y resignada. El fantasma de DON OLEGARIO la sigue. El reloj de la parroquia suena las nueve. Poco después, las ánimas. El camino está solitario.

ESCENA CUARTA

La alcoba misteriosa y triste del hermano GABRIEL. El niño, en el lecho, arropado y rígido. Las hermanas GERTRUDIS y MARTA, apenadas y devotas, a los pies del lecho, tiemblan como dos mendigas en la noche. La vieja DEMETRIA, en la puerta, sorda y pasmada, lleva su extraño mirar desde

LA UMBRÍA

el lecho al rostro del médico, que no ha dicho nada. Las figuras, silenciosas, parecen hundidas en un abismo de olvido. MARTA murmura una oración piadosa. GERTRUDIS se esfuerza por no pensar en el dolor, y sonríe. Los fantasmas cercan el lecho como una niebla amarilla. La respiración del niño es apretada y ronca. De tiempo en tiempo exhala un quejido apuñado, lejano, como si sonara dentro de la clara cabecita enferma.

DEMETRIA

¿El niño estará muy enfermo? No han hecho caso de lo que yo dije. Jamás pude imponer mi voluntad.

EL MÉDICO

La voluntad no hace nada, señora.

DEMETRIA

¿Y Salvadora? ¿Dónde está mi sobrina...?

EL MÉDICO

¡Esa niña debe recogerse también ahora mismo! Es demasiado vehemente. ¿Dónde estará?

*Las hermanas no responden.
La vieja vuelve el rostro hacia
la galería. Oyense los pasos
tardos y monótonos del jardine-
ro que se acerca,*

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA IV

DEMETRIA

El jardinero viene. Le siento subir la escalera...

MARTA

¿Salvadora no está...?

EL MÉDICO

En el jardín no estaba. Cayo la buscó.

MARTA

Yo la vi salir.

DEMETRIA

Quizás duerma.

GERTRUDIS

Fué a dormir. Yo sentí en su alcoba que la ha cerrado...

MARTA

¡Nos deja solas! ¿Ahora no tiene miedo...?

La vieja se aparta de la puerta para dar paso al jardinero, que llega reacio, con la gorra en la mano.

LA UMBRÍA

CAYO

Aquí estoy, señor. La niña..., la niña no estaba en el jardín. Y el perro se volvió al llegar a la galería. De noche mal se acostumbra en otro sitio que no sea el jardín.

EL MÉDICO

El perro acaso no quiera nada contigo, y hace bien.

CAYO

¡ Señor, yo no puedo hacer más !

EL MÉDICO

Nunca podéis nada...

CAYO

¿ Para qué me apura, señor ?

EL MÉDICO

Es preciso que esta noche no te muevas de la casa... en toda la noche...

CAYO

Toda la noche no puede ser...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA IV

EL MÉDICO

¡ He dicho toda la noche ! Ni una palabra más quiero que digas...

CAYO

Bueno, señor. Si el señor lo manda.

EL MÉDICO

Yo no lo mando. Es mandato de las señoritas, que son tus amas... *Tus amas*, ¿ lo oyes bien ? Todavía, afortunadamente, hay amos, mientras seáis siervos y lo seréis toda la vida. ¿ Qué sería de vosotros sin un amo a quien odiar... ?

CAYO

¡ Lo que quiera el señor !

MARTA

¿ Pero Salvadora ? ¿ Dónde está mi hermana ?

GERTRUDIS

No viene. Qué silencios más tristes.

EL MÉDICO

Es preciso que alguien vele a este niño...

LA UMBRÍA

GERTRUDIS

Nosotras le cuidaremos...

Vuelven las hermanas al silencio. DON JENARO las contempla dolorido. Acércase al lecho y acaricia levemente la cabeza del muchacho. El niño murmura un nombre. La vieja DEMETRIA, más asustada que las hermanas, tiembla en la puerta. Los fantasmas se acurrucan entre las sábanas del lecho. El fantasma de DOÑA AMARANTA se junta a la abuela.

EL MÉDICO

Me acompañarás ahora, Cayo. Volveremos.

MARTA

¡Nos dejáis solas!

GERTRUDIS

¡Solas con el niño... enfermo...!

EL MÉDICO

Cayo volverá pronto. Yo volveré más tarde. No os asustéis. No pasará nada to-

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA IV

davía... ¿Dónde está Sagrario? Esa moza, ¿dónde se ha metido?

DEMETRIA

Si dice el médico que no ocurrirá nada, yo me voy a acostar. Si hago falta me quedaré... ; pero no podré sufrir la vela toda la noche...

EL MÉDICO

La señora no hace nada en pie. Puede dormirse. Vosotras, también. Os traeré quien cuide al niño...

LAS HERMANAS

No, no. Nosotras acompañamos al hermano...

EL MÉDICO

Es mejor que os acostéis. Sagrario vendrá y una sierva que yo traeré... ; Sagrario ! ; Sagrario !

La voz sonora del médico resuena en el dormido caserón. Los ecos se dispersan y llaman. La doncella no aparece. DON JENARO torna a llamar desde la puerta.

LA UMBRÍA

EL MÉDICO

¡Sagrario! ¡Sagrario!

Después de una pausa, SAGRARIO llega, tímida y azorada. DON JENARO la empuja en el dormitorio.

EL MÉDICO

Aquí, sin chistar, con las señoritas, hasta que volvamos. ¿Dónde está Salvadora?

SAGRARIO

La vi entrar en la alcoba...

EL MÉDICO

¿Es seguro?

SAGRARIO

Verdad es que la sentí atrancar las puertas...

MARTA

¡Oh, llámala...!

EL MÉDICO

No. Dejadla dormir. Vosotras, también. Y tú, Sagrario, no te muevas...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA IV

SAGRARIO

¿Y yo qué haré, señor?

EL MÉDICO

Nada. Abrir los ojos, tener los ojos muy abiertos...

SAGRARIO

Bueno, señor ; nada se le niega.

EL MÉDICO

Nada. Para eso os curo de gracia.

SAGRARIO

¡ No lo olvidamos, señor... !

EL MÉDICO

Me importa con que lo recuerdes ahora.

Un silencio. La doncella, encogida y medrosa, se sienta junto al ventanal entreabierto. DON JENARO y CAYO se parten silenciosos. La vieja, cuando los ve partir, desaparece. El fantasma de DOÑA AMARANTA lo sigue. Las dos hermanas sollozan un rezo. Todo está como estremecido en

LA UMBRIA

la quietud misteriosa de la cámara. MARTA y GERTRUDIS esparcen sus miradas luminosas por el dormitorio. No se atreven a mover los brazos. Detenidas en un dolor infinito, todo el recuerdo se diluye en la memoria. Silencio otra vez. Luego, unas palabras débiles, tímidas, envueltas en llanto.

MARTA

¡ Gertrudis... !

GERTRUDIS

¡ Marta... !

Las hermanas se llaman en la penumbra y en el silencio. Juntan las manos sobre los pies del niño, que lanza un gudo quejido de agonía.

MARTA

Escucha. ¡Cómo sufre...! ¿Estás con nosotros, Sagrario?

GERTRUDIS

No te vayas hasta que vuelvan...

SAGRARIO

Aquí estoy, señoritas...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA V

Las hermanas vuelven al olvido. Se abandonan en el lecho del hermano, y, perdidas, se alejan las almas entre las hojas rociadas del jardín. La noche sueña. SAGRARIO ajusta los labios en el hueco abierto de la ventana y aspira anhelante el aire puro de la noche de otoño. Las hermanas tornan al rezo. El rezo es una salmodia tenebrosa en el silencio de la cámara.

ESCENA QUINTA

Un camino en la encrucijada del Nublo, sobre el puerto de las Nieves. Es el alba. La ermita de Tirma toca la madrugada. En el amanecer adusto las notas de la campana apaciguan el espíritu y lo llenan de un frescor de hierbas olorosas. SALVADORA y CÉSAR, en lo alto de la encrucijada, contemplan el mar cercano: el mar, desde la altura, parece más pacífico y diáfano. En el puerto está fondeada la goleta *Guayarmina*, que ha de partir con rumbo a *Las Pardelas* antes del orto del sol. A la noche emprenderá el camino de la América lejana. El alma de la muchacha, como una alondra matinal, se posa en un mástil de la goleta.

SALVADORA

¡Qué noche, César...! ¿Qué habrán pensado en la casa de nosotros? Pero toda-

LA UMBRIA

vía no sabrán nada... ¿Y lo olvidarán? Yo estoy como olvidada de todo también. Esta noche ha sido para mí como una larga puente de sueño...

El perro ladra quejumbroso.

SALVADORA

¡No ladres, César! ¡Van a oírte... y tendremos que volver... Mi vida de ayer se ha perdido en la bruma... ¡No volveré nunca! Cuando dejamos al niño en el lecho vi llegar la muerte. ¡Oh, si tú supieras! Era como una llama infinita. Yo la vi envolver el cuerpo del hermano, y huí; no pude contenerme... es mucho ya... porque aun quedaba llama para todos. Ahora mi corazón se anega en la luz del amanecer como si cayera en el agua, fresca y consoladora. El viento es otro ya. Es amigo. El mar es la esperanza. ¡Mira el barco, César! ¿Nos hallarán? ¿Habrán descubierto nuestro camino? ¡Qué frío a la media noche, ¿verdad?, en aquella cueva! ¿Te acuerdas...? Tú me abrigabas, César... Esto es una locura... No se puede pensar. Pero es preciso. Cuando despierten estaremos ya seguros, donde no pueden sospechar. ¿Y el niño...? ¡Olvidemos todo..., todo...!

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA V

Las manos del fantasma de DON OLEGARIO, invisibles, oprimen los senos diminutos, juveniles, de la hermana. La muchacha siente la opresión fatal y vuelve a aspirar, apasionada, el aire puro de la mañana.

SALVADORA

¡Oh, qué dulzura! Ahora he sentido que se detenía el corazón y no he tenido miedo, César... Ahora tengo **unas** fuerzas extrañas, un anhelo de besarlo **todo**, de abrazarlo todo. ¡Si te abrazara a ti sanaría mi alma...!

Abraza al perro. Es un abrazo sensual y extraño. El aire de la montaña trae el olor de la tierra labrantía, y la sangre adormecida de la hermana vibra despierta, llameante, frente al mar; y la muchacha, en un impulso desconocido de hembra brava y campesina abre los brazos al cielo como para entregarse entera a la luz, a la montaña, al sol lejano y deseado.

CÉSAR

Ama Salvadora, te has vuelto loca de alegría por huir. Pareces enamorada, pero

LA UMBRÍA

el fantasma va detrás de ti. Rebasamos la noche, es cierto, entre las piedras del camino; pero tus labios están más pálidos, tus senos parecen que se han secado como las uvas por el sol...

SALVADORA

¡No ladres, César! Nos van a oír...

CÉSAR

¡Si vieras tu carita en las aguas de los estanques te espantarías de dolor...!

SALVADORA

¡César, no ladres, por la Virgen de mis promesas! ¡Que nos cortarán el camino si te oyen...!

CÉSAR

Amita, volvamos a LA UMBRÍA. La sombra que está contigo no se va...

SALVADORA

¿Por qué aúllas tanto, César? Ahora que no hay sombras, sino luz... Vamos... Calla. Es preciso llegar. ¡Oh, qué alegría, qué esperanza infinita si llegamos con bien! Horacio nos acogerá. Yo he pensado

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA V

todo esto porque me ama todavía. Las hermanas lo han visto pasar muchos días por la verja.

CÉSAR

Amita. No llegarás, tus ojos se mueren.

SALVADORA

¡Oh, Dios mío, calla...!

CÉSAR

Amita, no te has visto la cara ; no te has visto las manos. Te has encandilado como una torpe mariposa... ¡Oh, si yo pudiera hablar como hablas tú!

SALVADORA

Vamos, César..., vamos... ; ¡pero no aulles más...!

Es la idea más obstinada. Ahora el ansia es de huir en un vuelo sobre el camino hacia el mar. El alma se le cubre de certeza. Un futuro infantil, soñado, se abre ante sus ojos, como el mar y el horizonte que se incendia de aurora.

SALVADORA

Vamos..., vamos... Por aquí... Es el atajo más corto. ¿Llegaremos a tiempo, an-

LA UMBRÍA

tes que en LA UMBRÍA se despierten? Horacio vendrá del pueblo ahora mismo. Yo sé que la goleta ha de salir antes del día. ¡Oh, si vieras qué vueltas di para saberlo...! Nos esconderemos en el muelle para esperarle allí. A esta hora no habrá nadie... Ya no es posible retroceder. ¡Perdonadme, hermanitos...! Yo no puedo sufrir más... ¡Vamos, César, mi niño querido, mi compañero generoso...!

*El fantasma, SALVADORA
y el perro corren por el atajo.
Cantan los gallos el amanecer.*

ESCENA SEXTA

El puerto de las Nieves, sobre el Atlántico. Una bahía pequeña, acogedora. Una cordillera de montañas frente al muelle. Son aquellas montañas del cuento árabe. Azules, de un azul oscuro y pizarroso, en el orto del sol se tornan rojas, verdes, de plata vieja. El mar, con un sueño de siglos, no amenaza ni brama en la bahía. Parece guardar silencioso las montañas maravillosas, y que hay un hechizo en todo el lugar, que sólo podrá deshacer la flecha del caballero ausente. Montañas de bronce, montañas de imán cercan la bahía y el puerto. La última montaña, la perdida entre la niebla, es la punta de LAS PARDELAS, el pueblecillo fronterero al Valle.

JORNADA ULTIMA. ESCENA VI

En la goleta *Guayarmina*, junto a las oscuras montañas, se aprestan a la partida. El muelle, solitario. Junto al atracadero, hasta tres barcas de la goleta.

El pueblo, apartado del puerto, no presiente el mar. Hay un largo camino de tilos gloriosos que los separa. El puerto y el mar, escondidos, surgen como en una aparición de encantamiento, cuando el camino acaba, torciendo hacia los montes del Nublo. Por los senderos lejanos de Tirma, el Coro de los Labradoros y los guardas cantan las canciones matinales. El canto, pausado y remoto, se pierde en la bruma del amanecer.

Por el camino de los tilos aparecen algunos marineros insulares. Tostados y descalzos, cubren sus cuerpos con pantalones azules y camisetas de estameña verde.

UN MARINERO

El mar se alzar  al salir hacia Las Pardelas. Aquellas nubes de Tirma corren para acá. Mejor sería llevar en cuánto el capitán llegue. La brisa en la boca del puerto de Las Pardelas retardar  la salida a la noche.

OTRO MARINERO

Si el capitán tardara no aprovecharemos el buen tiempo del día...

UN MARINERO

Tardar , que en el camino sabr  la nueva.

LA UMBRIA

OTRO MARINERO

¿Cuál nueva dices...? Yo me levanté ahorita y nada oí más que la madre de mi mujer es una novelera de Dios...

UN MARINERO

La huida de la niña mayor de LA UMBRIA, la que fué su moza... Antes del amanecer la vió mi comadre, cobijada en un manto. Por el perro la atinó... Asombradas se quedaron...

OTRO MARINERO

¿Viéronla, mas no le atajaron el huir?

UN MARINERO

¡Quién osara! Mas si ella quiere huir mejor cosa no hará, que aquella quinta es como una cueva de muertos desenterrados. Malhadado lugar y que Dios nos libre...

OTRO MARINERO

La Sagrario les sirve, mas cierto que no sé cómo anduvo decidida...

UN MARINERO

Dios quiera que no la maleficien. Es la condenada vieja.

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

OTRO MARINERO

¡Qué ha de ser la vieja! Son ellos. Igualmente murieron...

UN MARINERO

La vieja es. Me acuerdo yo cuando era guayete, que la trajeron aquí y ya era una mujer derecha, porque se moría. De entonces acá le dura el hipo.

Acércanse al atracadero. Suben, cantando distraídos, a una lancha. Se alejan remando. El muelle vuelve a quedar solitario.

Por las veredas de la montaña aparece SALVADORA. CÉSAR va abriendo el camino, cubierto de pitas y de ramas salvajes.

SALVADORA

¡Ya llegamos, César! ¡Mañana al amanecer, el mar y el cielo nada más que para nosotros! ¡Oh, no llegaremos a tiempo...! ¡Más aprisa, César, más aprisa...!

El perro corre, azuzado. Salta los matorrales. SALVADORA le sigue como una poseída, envuelta en el manto. Corre por el humilde camino que lleva al

LA UMBRIA

Puerto. Desaparecen entre unas ramas. Vuelven a aparecer, cercanas ya, sobre el muelle.

SALVADORA

Aquí podemos aguardar. Aquí no nos verá nadie, César, ocultos entre estos árboles... Horacio llegará. Yo conozco su camino y sus costumbres. Llegará y la goleta saldrá desde que él llegue. Nadie podrá sospechar nuestra fuga. Nadie nos ha visto. Nadie podrá pensar que soy yo... ¿Y mi hermano? ¡Oh, Dios mío, olvidemos! ¡Arranquemos de la memoria todo el pasado!

Ocúltase estremecida entre los árboles. El fantasma de DON OLEGARIO la vuelve a apriimir los senos. El pecho se le hincha, convulsionado.

SALVADORA

¡Ya no puedo más! Las fuerzas se me acaban... ¡Pero no importa! Unos minutos más y todo acabará bien... ¡Ay, César! Yo sé que esto es una locura terrible, una maldición espantosa..., pero no puedo hacer más por mi vida. ¡Mi hermano también huyó... ¿Crees tú que nos salvaremos nosotros?

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

La goleta luce una bandera azul y dorada, cortada en triángulo—la matrícula de los barcos atlánticos—en el mástil de popa. A bordo, la tripulación trabaja afanosa. SALVADORA observa de lejos la maniobra marinera, helada y sobrecoyida.

SALVADORA

¡Oh, mira, César...! Ya se apartan... La goleta se va. ¿Habrà llegado Horacio...? ¡Pero no es posible...! Dijeron que salía más tarde... ¡Oh, me engañaron! Es muy temprano aún. ¿Qué hora es? Díme, ¿qué hora es?

Silencio. Aguarda que responda el perro. El perro la contempla melancólico, sacudiendo la cola.

SALVADORA

¡Ah, tú no puedes decirme la hora, es verdad! Estoy loca. ¿Pero quién me la va a decir? ¿Y para qué queremos saberla, si ya no hay tiempo..., si el tiempo se ha muerto...?

Sigue hablando agitada. La angustia es un rocío sobre la muchacha. La cabeza desapa-

LA UMBRÍA

rece entre los pliegues del manto. Sólo los ojos asoman. Dos piedras verdes y luminosas.

SALVADORA

¿Nos buscarán? ¿Nos llevarán otra vez...? Pero viene gente. ¡Oh!, ¿no oyes...? ¿No oyes...? ¿O es la muerte, que hila mi sudario...?

Al muelle han llegado HORACIO GUILLEN y un GRUMETE que parece un árabe adolescente, un rapaz espigado. de mirar vivo Fuerte y firme el muchacho, carga sobre sus hombros dos remos de roble. SALVADORA los ve llegar y exhala un grito que es una débil queja angustiada. La cabeza surge toda encendida entre el negror apagado del manto.

SALVADORA

¡Horacio...!

La voz no llega; se queda junto a la hermana, como un gorrión aleteando en la falda.

SALVADORA

¡Horacio...!

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

Tampoco llega la voz. Es como el humo que se deshace en el aire.

SALVADORA

¡Horacio! ¡No me oírás, Dios mío...!

El grito se pierde de nuevo. La hermana, trémula, suspirante, aguarda un momento. Las figuras del muelle avanzan hacia el atracadero. Entonces la muchacha se lanza al camino, desprovista, flotando al viento los cabellos áureos. CÉSAR corre detrás de la hermana. El fantasma es un halo de luz amarilla sobre la cabeza de SALVADORA. Cerca ya, lanza otro grito, el último grito esforzado. Ahora la voz suena quedamente, porque el muelle está silencioso y el mar recoge piadoso el rumor de las voces humanas.

SALVADORA

¡Horacio! ¡Horacio! ¡Por piedad, escúchame! No puedo más...; acércate a mí.

Sin fuerzas, apóyase en el muro del muelle. Los marineros acuden. La leve figurilla de la muchacha es un lirio arrancado a la noche. El manto cae

LA UMBRIA

al suelo. Los cabellos resplandecen como los ojos. El sol se afana por romper las nubes matinales e inundar el mar, victorioso.

EL GRUMETE

¡ Oh, si es la señorita de LA UMBRIA!
La que andaba anoche por los atajos...

HORACIO

¡ Salvadora... !

La contempla pasmado, oprimiendo en su memoria las horas del recuerdo lejano. Los cabellos dorados, las manos únicas hacen revivir los días.

HORACIO

¡ Eres tú ! ¡ Tú... !

Angustiada y sonriente, con la misma sonrisa de la noche, destilando dolor, la muchacha murmura.

SALVADORA

¡ Tan muerta estoy para ti, que me miras con espanto, como si hubiera salido de una

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

fosa...! Quiero hablarte. He venido huyendo por esos caminos para hablarte... Escúchame tú solo...

*El GRUMETE se aparta.
HORACIO hace un vago gesto.
El GRUMETE se aleja.*

HORACIO

Yo iré pronto.

El GRUMETE acomoda los remos en la barca y parte hacia la goleta. Una pausa desconocida. HORACIO contempla la pálida figura de la amante, separado del recuerdo, sin amor y en silencio. SALVADORA acaricia con los ojos humedecidos la espléndida figura del mozo. HORACIO es un bello caballero africano, con el rostro de cobre, terso y brillante, con ese brillo de los rostros marineros que tienen huellas de mar y de viento remotos. Ahora, ante la figurilla desmedrada, deshecha, de SALVADORA, piensa HORACIO que sus manos de bronce podrían estrujar la toda, apretándola en un puño. SALVADORA habla con las palabras pausadas, como si hubieran desenterrado la vocécita muerta.

LA UMBRÍA

SALVADORA

Horacio, esto es inaudito para ti, que no lo comprenderás. Pero es preciso que me oigas. Las palabras tienen que ser rápidas, pueden venir a sorprenderme... ¡Es una noche, toda una noche fuera...! Yo huí de LA UMBRÍA...; mi hermano se muere...; se mueren todos... La casa es un sepulcro. Yo he logrado salvarme...; anoche..., anoche..., pareció que me moría... ¡Y yo no quiero morirme...! Yo... yo quiero que tú me lleves; perdóname..., pero llévame... Yo me iré contigo ahora. ¡Vamos! En en el barco te contaré más.

Estupefacto, la escucha el capitán de la goleta. El recuerdo de los otros días es ya una niebla en la noche. La muchacha no es más que un jirón de mortaja. El mozo retrocede.

HORACIO

¡Conmigo...! ¡Conmigo...! ¡Conmigo...!
¿Pero estás loca? ¿A dónde voy a llevarte yo, muchacha...?

SALVADORA

¡Sí; contigo...! ¿No te acuerdas ya de mí...? Me querías tanto...

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

El capitán, cada momento más sorprendido y confuso, la escucha. La piedad le rebose el corazón, pero los ojos se le pierden en el mar.

HORACIO

Si te quiero, Salvadora. ¿Cómo podría olvidarte? Pero esto es una locura... ¿Qué puedo hacer yo? Me aguardan. Van a llegar los labradores. Es la hora del trabajo. A tí te buscarán de seguro. Piensa en lo terrible que sería el que te hallasen conmigo. Vamos, serénate. Tú no puedes pensar tranquila esta locura. Eres una chiquilla. ¿Qué voy a hacer contigo en el mar?

SALVADORA

Sí, me llevarás. No te irás sin mí. ¿Qué vas a hacer conmigo? ¡Vivir! Yo quiero que tú me lleves; vivir a tu lado, tú me salvarás. Nadie podrá salvarme si no tú. Lo he pensado mucho y no puede nadie, nadie, sino tú.

HORACIO

¡Oh, qué locura! No es posible, muchacha. ¿Cómo podremos volver a las Nieves...?

LA UMBRIA

SALVADORA

No volveremos nunca...

HORACIO

¡Nunca! ¿Y mi madre...?

SALVADORA

Tu madre vendrá un día con nosotros lejos, muy lejos... Donde la memoria se pierda...; donde no se pueda recordar nada...

La hermana dice las palabras lánguidamente, como en un sueño. El mozo, aterrado, la ve perderse entre los cabellos de oro. Los cabellos se alargan, se agrandan y la inundan toda como una luz de sol.

SALVADORA

¡Acércate, hombre! Ya mis fuerzas, al verte, renacen como en el camino. ¡Aun puedo salvarme! Hay algo en mi corazón que me lo dice así.

Las manos del capitán oprimen su frente. Es un momento inesperado y absurdo, y no acierta a buscar el camino de salida. Piadoso y temeroso quie-

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

*re convencer a la muchacha.
La muchacha no le oye.*

HORACIO

¡Esto no es posible...! ¡Señor, quién ha podido llenarte la cabeza con esta locura! Yo volveré...; dos meses corren como una noche. Espérame...; entonces, sí. ¡Pero ahora, qué van a decir los hombres de la goleta! ¡Qué van a pensar de ti...!

SALVADORA

No importa...; no importa.

HORACIO

¿Qué dirán en el pueblo?

SALVADORA

No importa...; no importa.

HORACIO

¿Y en tu casa, qué irán a decir?

SALVADORA

No importa nada.

Recobradas momentáneamente las fuerzas, agita SALVA-

LA UMBRIA

DORA la cabeza, iluminada, y separa con sus manos enfermas los cabellos enmarañados sobre el rostro.

HORACIO

¡Oh, no es posible...! No es posible.

La voz de SALVADORA, tenue, lastimosa, continúa suplicando. La muchacha se acerca. Clava sus ojos turbios sobre los ojos vibradores y negros del mancebo.

SALVADORA

¡Llévame contigo..., llévame contigo!
¡Vamos pronto, que en seguida será tarde...! ¡Tú, que eres tan bueno...!

Acércase más. Vuelve a sentir el anhelo infinito de la mañana. El viento trae el aroma de los huertos de Tirma y el acre sabor de la mar.

SALVADORA

¿Es que ya no me quieres...?

Los brazos, lánguidos, se abrazan al cuello del marino, que la rechaza suave y mudo de asombro.

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

HORACIO

¡Oh, si nos ven! ¡Si nos ven! Esto es una locura. ¡Vete, Salvadora! Vete, por piedad. ¡Ahora soy yo el que te suplica... con toda mi alma!

La muchacha lo contempla con desdeñosa amargura. Exhala un grito helado y se separa del mancebo.

SALVADORA

¡Es que no sirvo! ¿Verdad que no sirvo para ti...?

HORACIO

No, muchacha; no es eso... Es por ti...; sólo por ti... Nos verán.

SALVADORA

Pero llévame. La salud de otras tierras me confortará. Verás. Yo me cuidaré mucho. ¡Aún es tiempo, Horacio! ¿Pero callas? No dices nada. ¡No haces mas que mirarme espantado! ¿Qué te importa nada, si yo quiero? ¡Oh, la abuela Demetria, esa abuela egoísta y estúpida es más piadosa que tú...!

Al recuerdo de la vieja, la muchacha vuelve a acogerse al

LA UMBRÍA

muro de piedras, retrocediendo estremecida. El mozo aprovecha el instante y corre hacia las escaleras del atracadero.

HORACIO

No puedes comprender nada. ¡Oh, qué loca, qué loca...! Yo no sé cómo decirte nada.

En una última súplica, la muchacha vuelve junto al marino. Están ya en el borde del muelle, sobre el mar. SALVADORA siente que la esperanza se le va escapando como la vida. En medio de su espantosa angustia busca un gesto definitivo de mujer. No se ha visto: es un esqueleto sombrío, turbio, que se prolonga en la mañana y se extiende sobre el azul como una nube agrisada.

SALVADORA

¡Llévame contigo, Horacio! Si no, me arrojaré al mar y no me verás nunca...

El mozo se estremece. La hermana se abraza a él delirante y junta sus labios amoratados y febriles sobre el bello rostro del mancebo, que retrocede bruscamente con honda repugnancia. SALVADORA com-

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA VI

prende de pronto la trágica verdad sospechada. La esperanza y el sueño se derrumban en el mar.

SALVADORA

¡ Ah, maldito ! Es que te doy asco. ¡ Tienes miedo, como todos... !

Toda la figura es un sollozo, un sollozo de dolor y de muerte. El mancebo corre espantado y pálido por las escaleras. Ya no le importa nada. Amplio y lejano como el mar, su corazón se desborda. Un ligero temblor en los labios delatará la huella del beso extraordinario e incomprendido. Es la huella de una serpiente venenosa.

HORACIO

¡ Dios mío, qué locura... ! ¡ Vete, vete..., que nos ven... !

Salta a la última lancha dominado por un instinto de pavor. Rema afanoso. Se le ve partir velozmente y llevar después en la concha de su mano agua del mar para lavar los labios heridos.

SALVADORA

¡ Señor ! ¡ Señor !

LA UMBRIA

Ve partir al mozo frente al mar. Los ojos parece como si se le hubieran extendido por las mejillas hvidas. Son dos manchas azules, violáceas, dos ojeras enormes que se han de extender hasta los senos marchitos.

SALVADORA

¡ César ! ¡ Mi César querido ! ¡ Tenía horror de mí ! ¡ Luego es verdad, es verdad !
¡ No hay salvación para tu pobre amita !

El terror ante la amarga certeza se agranda y la inunda otra vez. Una llamarada trágica envuélvele el rostro.

SALVADORA

¡ Así no es posible la vida !

Corre al espigón del muelle. Recoge el manto en el camino y se arrebujá en él. Lanza un gemido agrietado, que se lleva el viento a la montaña. El fantasma aguarda. La muchacha va a arrojarse al mar. El fantasma, extendido ante ella, es un obstáculo invisible.

SALVADORA

¡ Me envolveré la cabeza para no ver la muerte... !

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA FINAL

Corre. El fantasma la detiene, empujándola en el pecho con una mano pavorosa. La muchacha retrocede, buscando la luz.

SALVADORA

¡No es posible, Dios mío...! ¡El mar también está lleno de sombras...!

Desplómase sobre el muelle con un sollozo infantil, desesperado.

ESCENA FINAL

El muelle, luminoso. Las montañas de Tirma son una sombra sobre la bahía. Lejos, la goleta, empavesada, emprende el viaje. Silencio. Por las veredas del monte los labradores marcan la labor del día. Un vuelo de palomas cruza sobre los tilos; algunas se detienen sobre los faroles del muelle. El chapoteo del agua, roja, de amanecer, se diluye en el silencio. Cantan los gallos. La luna huye del día, apagada y sola, hacia la punta del Nublo. Cantos remotos de los hombres, que se alejan. Rumor de esquilas cercanas. El horizonte del mar, cárdeno y dorado, cubre de luz los pinares.

SALVADORA, CÉSAR y el fantasma, en el extremo del muelle. La muchacha, destrozada y lívida, ha abierto los ojos, clavándolos sobre la goleta, que hincha sus velas en el viento. La mano del fantasma, detenida sobre los dolidos senos de la hermana,

LA UMBRÍA

le araña el corazón. Las manos torpes y enfermas de la muchacha acarician la cabeza del perro. Llenos de espanto y de olvido los ojos, verdes, alternativamente, se encienden y se apagan. El frío de la mañana sobre las manos, se las hace cruzar sobre el pecho, dilatado por un respirar galopante y hueco. Una pausa.

Las lavanderas de las Nieves aparecen por el camino de los Tilos. Es un grupo de mujeres vigorosas, que ríen y cantan. Chiquillos descalzos, morenos y sucios de tierra, abren el camino, con silbidos y gritos. Más atrás, SAGRARIO, la doncella, llega pálida y llena de zozobra, con los cabellos desatados, buscando entre los árboles, junto a los hoyos profundos de las cuevas. Grita. Llama a las mujeres.

SAGRARIO

Cristianas, ¿la habéis visto?

UNA MUJER

¿Qué buscas, SAGRARIO?

SAGRARIO

Busco a la niña. Cayo la dejó huir. ¡Y todos la creímos durmiendo!

LA MUJER

Por los atajos la vieron amanecido. Cogió ese camino más largo, sin duda para que no la vieran.

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA FINAL.

SAGRARIO

¿Y adónde iba, Señor? Nadie lo puede sospechar. ¡Pobretina! La casa es un dolor. Toda el alba buscándola, buscándola.

Detiéndose oteando hacia los senderos de Tirma. Las mujeres se detienen mirando también.

SAGRARIO

Ni lejos está ni cerca...

LA MUJER

Llevaba el perro. Busca el perro...

SAGRARIO

¿El perro estará con ella...?

Avanzan sobre el muelle. La mujer distingue la mancha negra que se agita en el extremo. El perro lanza un aullido al ver a las mujeres. Las mujeres retroceden. El perro afila el ladrido, que suena en la mañana como un eco ominoso.

LA MUJER

¡Allí está! ¡Allí está...! ¡Ella será la moza, sin duda...!

LA UMBRÍA

SAGRARIO

¿Estará muerta, Señor...?

OTRA MUJER

La sombra se mueve. Parece viva...

SAGRARIO

Sí, es ella, ¡es ella! ¡Señor! ¡Señor!
¿Y quién la va a llevar a la casa ahora?

La doncella, angustiada, se acerca al muelle. Las mujeres la siguen curiosas. Por las veredas de Tirma y los ocultos atajos del Nublo, el Coro de los labradores saludan al sol. Y el sol estalla sobre el mar, y el lomo del mar se estremece de amor áureo y sonoro.

UNA MUJER

El perro chilla. ¡Maldecío perro...!

OTRA MUJER

La niña se mueve. ¡Está viva...!

De pronto Sagrario se detiene y contempla indecisa y asustada a las mujeres de las Nieves. Los chiquillos hacen una rueda en el grupo.

JORNADA ÚLTIMA. ESCENA FINAL

SAGRARIO

¿Y quién va a decirle nada... ?

UNA MUJER

¿Qué has de decirle, moza... ?

SAGRARIO

Que el niño se ha muerto...

OTRA MUJER

¿Pero se ha muerto el niño... ?

SAGRARIO

¡Se ha muerto este amanecer, llamándola... !

EL POEMA TERMINA

Pinares de Tirma, villa, de Tomás Morales, en Gran Canaria, verano de 1918 y marzo de 1919.

